

Ferran Varela
La danza del gohut



Prólogo de Mariano Villarreal



La danza del gohut

Primera edición, septiembre de 2018

© Ferran Varela Navarro, 2018

© De la ilustración de cubierta: Manuel Gutiérrez Tejedor, 2018

© Del prólogo: Mariano Villarreal González, 2018

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S.C. - CIF: J93324580)

www.edicioneseltransbordador.com

edicioneseltransbordador@gmail.com

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

La danza del gohut
Ferran Varela



Prólogo de Mariano Villarreal
Ilustración de cubierta de Manuel Gutiérrez

Prólogo

Me encanta descubrir nuevos autores. Nuevas voces, jóvenes y maduras, nuevas ideas, nuevas formas de narrar tamizadas por diferentes referentes, experiencias, sensibilidades.

Leí por primera vez a Ferran Varela cuando me remitió un cuento para la antología de fantasía oscura *Dark Fantasies*. Publicar nuevos valores es uno de los objetivos de las selecciones que preparo y su historia, *Profundo, profundo en la roca*, me sorprendió por su frescura y dominio del medio narrativo; un nuevo escritor del que nada había oído hablar pese a que ya contara con un ramillete de relatos publicados. En el siguiente volumen, *El viento soñador*, repitió con *Las cadenas de la casa de Hadén*, una historia sorprendente de sangre y honor ambientada en una sociedad compleja esbozada en apenas unas líneas, una de las señas de identidad de este escritor catalán.

La novela corta que ahora tienes en tus manos sigue la misma tónica y podría, incluso, formar parte del mismo universo a medio camino entre la épica y la fantasía, con elementos cotidianos, míticos y antropológicos. Gran imaginación, un mundo secundario de inspiración medieval muy bien perfilado, abundante introspección y unos protagonistas de carne y hueso capaces de llegarnos al alma son otras de sus características distintivas que podemos encontrar en ella. Historias, sociedades y personajes de los que siempre queremos saber más.

Como en los dos relatos citados, los actores de este microcosmos de ficción son seres especiales, no por el hecho de detentar poderes sino porque sólo ellos conocen la terrible verdad sobre el mundo. Personajes principales que en su mayoría suelen ser mujeres —una bruja y la heredera de un jerarca en el caso de los cuentos, una tutora de la Academia en la presente novela—, de fuerte carácter, respetadas y reconocidas por su tenacidad, enfrentadas a un reto de difícil solución.

Acompañemos en esta ocasión a la joven Leara en su misión de devolver el juicio al heredero de la Casa más poderosa de Tiuma, quien ha permanecido prisionero de los salvajes gohut durante cuatro largos años. A través de sus conversaciones asistimos a un verdadero choque de culturas, dos modelos de organización social completamente antagónicos, entre el clasismo y la rigidez jerárquica a la norma propia de la civilizada Tiuma —que es el precio a pagar por el orden y la seguridad— y el canto a la naturaleza y la libertad sin límites de la sociedad tribal gohut, que posee además una concepción taoísta de la existencia: vida y muerte, noche y luz, gozo y dolor, partes indisolubles de un todo completo. Dos mundos tan irreconciliables como la razón y los sueños.

Varela construye un mundo rico y verosímil, con un enfoque mucho más literario y trascendente de lo que suele ser habitual en el subgénero. Un texto laboriosamente trabajado pleno de bellas y originales metáforas magníficamente engarzadas en la trama y que aprovecha el estereotipo para facilitar la fluidez de la historia. En él se repiten algunas de las constantes habituales del autor, como es la importancia del linaje, los sutiles equilibrios de poder en las altas instancias de la política, una sociedad con un alto apego a la tradición que se resiste a cambiar viejas fórmulas que reproducen prejuicios e injusticias, la cruel inevitabilidad de los eventos a acontecer.

En esta hermosa tragedia no faltan las escenas de acción, los diálogos repletos de frases gloriosas ni la inevitable chispa del amor. Un canto de vida y libertad que nos propone romper las cadenas que, con excesiva frecuencia, nos atan a una sociedad hipócrita y abrazar por el contrario nuestros instintos primarios que nos harán mucho más libres y felices. A través de los labios de

Rin descubrimos que todo ello es posible, que como Richard Harris en *Un hombre llamado caballo* o Kevin Costner en *Bailando con lobos* es posible gozar de una vida nueva, tan excitante, salvaje y pasional como seductora.

Confieso que leí esta novela hace ya algún tiempo y me alegra que finalmente se haya publicado en un sello como ediciones el Transbordador, con un bagaje tan interesante de nuevos autores a sus espaldas. Lector, déjate llevar por esta bella y elegante fantasía, obedece a tus impulsos y baila conmigo la danza del gohut. Te prometo que te conducirá a un lugar mágico y poderoso del que no querrás regresar.

Mariano Villarreal
Verano de 2018

A mi hermana,
que tiene alma de gohut

Uno

La pala golpeó la tapa del ataúd y le arrancó un chasquido sordo y hueco. En la quietud de la noche, bajo la luna del cambio, el crujir de la madera resonó con tal fuerza que los perros aullaron a lo lejos.

Ara cerró los ojos, aguantó la respiración y se maldijo por no haber cavado con más cuidado. Sería una pena que la descubriesen ahora que estaba tan cerca de lograrlo. El fracaso no era una opción. No después de lo mal que lo había pasado para regresar a Tiuma. No después de lo que había sufrido al acatar durante todo un día esas absurdas normas humanas que asfixiaban su voluntad. No después de la humillación de volver a ponerse esas estúpidas ropas que ocultaban su verdadero yo, que levantaban una barrera de seda entre su piel y el mundo, que le impedían sentir el aire, y la lluvia, y la tierra.

Y se sorprendió paladeando el agrio sabor del miedo. Miedo a ser atrapada y ejecutada por la guardia, a morir sin ser ella misma. Miedo a ser capturada y sometida a experimentos en el ala de investigación de la Academia. Miedo a huir sin haber completado el ritual y condenarse a vivir una vida incompleta. Para librarse de él, se concentró en el reconfortante cosquilleo de las plumas de halcón que portaba a la espalda. Recordó quién era.

Era Ara. Pronto sería una gohut, y un gohut no siente miedo. Se reprendió por ese instante de cobardía y, para demostrarse que estaba tan libre de temores como del resto de lastres humanos, alzó un pie y golpeó con el talón sobre el ataúd tres veces más. Los mastines de las casas adyacentes al cementerio volvieron a ladrar, pero nadie les hizo el menor caso.

Tras lanzar una carcajada de triunfo y deleitarse con las tímidas caricias de la llovizna en su rostro, la mujer se agachó y apartó con las manos los últimos puñados de tierra mojada. Clavó la punta de la pala en la juntura de la tapa y, apoyando todo el peso de su pequeño cuerpo en el mango, hizo palanca. Las astillas volaron acompañadas por la melodía de la madera quebrada y el ataúd se abrió. Dentro yacía el joven cadáver del dos veces nacido y dos veces muerto; el único gohut con cuerpo de hombre. A Ara se le encogió el estómago al ver el rostro del chico. No era como lo recordaba. Un año bajo el fango había hecho mella en él.

La descomposición no le había dejado nada más con que taparse la calavera que unos jirones de carne reseca y unos mechones de pelo lacio. Con los ojos anegados en lágrimas, la joven cayó de rodillas. Ese ya no era el orgulloso gohut al que había conocido, sino una mera carcasa vacía. Aun así, Ara no pudo resistir la tentación de volver a sentir el suave tacto de sus dedos recorriendo las curvas de su cuerpo desnudo. Se rasgó el vestido, le tomó las manos y las apretó contra sus pechos. Pero esas ya no eran sus manos, sino dos colgajos de piel ceniza y huesos quebrados. No había en ellas calor, ni anhelo, ni sueños. Hacía mucho que su voluntad había abandonado aquel cascarón y había vuelto a la Tierra que Sustenta y al Cielo que Arropa.

Ara lloró, desconsolada. Entre gemidos, deseaba que el frenético bombeo de su corazón pudiera, de alguna forma, ser suficiente para los dos. Que sus latidos se tornasen maná, brotasen de sus pezones y se clavasen en las palmas de su amado. Que recorrieran sus venas insuflándole vigor.

Ojalá eso bastase para traer de vuelta los soles que habían compartido. Ojalá algo bastase. «Mas no es así como funciona el mundo», se recordó. «Debe haber noche para que haya día. Debe haber dolor para que haya gozo. Debe haber muerte para que haya vida».

La mujer arrastró el cadáver fuera de la tumba. Lo colocó boca arriba en el barro, se inclinó

sobre él y lo besó dos veces. La primera en la frente, en señal de respeto. La segunda en el lugar en el que deberían haber estado sus labios, en señal de algo tan profundo que ni siquiera tenía nombre. Luego se alzó y, blandiendo la pala como un hacha, se dispuso a cortar la cabeza. No consiguió decapitarlo de un tajo limpio. Necesitó siete golpes para partir la vértebra, y aun así tuvo que usar el pequeño cuchillo de sílex que siempre llevaba encima para terminar de cortar el último trozo de pellejo del cuello.

Cuando acabó, alzó la testa del joven hacia el firmamento y, por un ínfimo instante, un claro entre las nubes enmarcó la luna del cambio. Bajo su pálida luz, la calavera sonreía. Parecía feliz, así que Ara se esforzó por reír también. La certeza de que su pecho albergaría el alma del gohut la llenaba de dicha. Llevaría su espíritu dentro por siempre jamás.

La chica se recolocó el vestido de modo que se disimularan los rasgones que le había hecho, metió la cabeza del muerto en su bandolera y se la colgó al hombro, asegurándola con un doble nudo. Y, aunque dio media vuelta y echó a andar a buen ritmo, dispuesta a salir de esa ciudad cuanto antes, se obligó a volver sobre sus pasos. No podía irse aún. Todavía quedaba una cosa por hacer.

Se acercó a la lápida y, compungida, pasó las yemas sobre el mármol mojado y palpó el relieve de las letras cinceladas en él. «Gerrin Adaval Novon», rezaba la losa. Sí, ese nombre la había ayudado a encontrar el cadáver de su amado, pero era falso. Era un asqueroso nombre humano, un nombre nacido para atar y restringir la voluntad. Escupió para librarse de la oleada de repugnancia que le recorrió las entrañas. No podía dejarlo así, a él no le hubiese gustado. La repulsión de Ara se tornó furia.

La cólera tomó el control de su cuerpo. Lejos de luchar contra ella, la mujer se abandonó al frenesí de la ira y disfrutó cada una de sus salvajes llamaradas. Gritó como una niña y se rio como una loca, bailando al son de sus desbocados sentimientos. Pues el suyo era, a fin de cuentas, el camino de las libertades y no el de las normas. Esgrimió la pala de nuevo y picó con su canto la superficie de la lápida una y otra vez. No le importó que los perros enloquecieran por el ruido, ni que los vecinos, alarmados por los constantes ladridos, comenzasen a encender velas y antorchas. Sabía que la llegada de la guardia era sólo cuestión de tiempo, mas el riesgo merecía la pena. En el mejor de los casos, acabaría antes de que eso sucediera y podría escapar hacia las llanuras al amparo de la noche. En el peor, sus restos mortales reposarían junto a los de su amado.

Ara no dejó de golpear con la pala hasta que fue imposible distinguir la mayoría de las letras cinceladas en el mármol. Para cuando dio por concluida su obra, sólo podían reconocerse tres. Entonces, la joven deshizo una de sus trenzas, liberó la única flor que adornaba su pelo y se arrancó una de las plumas que llevaba pegadas a la espalda. Dejó su humilde ofrenda sobre el cuerpo decapitado. Una pluma de halcón y un crisantemo blanco. Su último adiós consistía en ese sencillo gesto y en la pronunciación de las tres letras que aún podían leerse en la lápida.

—Rin—suspiró Ara.

Y dejó que los últimos vientos del otoño se llevaran el recuerdo de su amado en una espiral de vaho. Rin. El auténtico nombre del joven. El nombre de su alma gohut. El nombre por el que ella lo había conocido en una vida anterior, tan sólo dos años antes.

Dos

La vida de Leara cambió el día en que requirieron su presencia en la mayor de las Grandes Casas. La mansión de los Novon, construida sólo con el mármol más blanco de las canteras de la isla de Seneda, se alzaba orgullosa sobre la cima de la colina más alta de la ciudad de Tiuma. Los tres torreones niveos, los puntiagudos tejados azules y la elegante simplicidad de sus formas la hacían parecer un castillo salido de uno de esos cuentos de hadas que tanto gustaban a Leara cuando aún era una niña. De hecho, a juzgar por la expresión de su rostro mientras admiraba esa maravilla arquitectónica, quizá todavía le gustaran. Aunque de otra manera. Más distante.

Ya no esperaba descubrir que en realidad era la hija secreta de un rey maldito destinada a reclamar su legítimo trono. Hacía mucho que no fantaseaba con ser la chica de la que hablara alguna ancestral profecía, la última esperanza de vencer a un terrible y oscuro mal que asolaría la región a no ser que ella lo detuviera. Lejos quedaban los soles en que correteaba por las calles jugando a ser la mejor duelista de la ciudad, tan admirada por su deslumbrante belleza como temida por su no menos brillante dominio de la espada ropera.

Varios envites en su adolescencia la habían enseñado a no creer en sandeces. O, más bien, a no creer en nada que no fuera en esforzarse al máximo y no crearse falsas expectativas. Según su experiencia, era mejor así. Sabía que el mundo real funcionaba a base de influencia y dinero, y ella jamás poseería ni lo uno ni lo otro. La ciudad de Tiuma, cuna de aristócratas, era inmisericorde con los sueños de la gente de sangre plebeya.

Leara no era nadie. Tan invisible como una gota en el océano. Tan anónima como un grano de arena enterrado en una duna. Lo mejor a lo que jamás podría aspirar era a mantener el puesto que había conseguido tras cinco largos años de arduo sacrificio: el de tutora de la Academia. Por ese motivo no alcanzaba a comprender por qué la habían convocado en la mansión Novon. Le costaba creer que era hacia allí a donde se dirigía su carroza. ¿Qué podía necesitar un noble de alguien como ella?

Tan absorta estaba en la contemplación del suntuoso palacio, tan perdida en sus propios pensamientos que no se percató de que los caballos se habían detenido hasta que el cochero abrió la puerta del carruaje. Ante Leara se extendió un exquisito camino de mosaicos que atravesaba un jardín de crisantemos blancos. Un sendero que conducía a la residencia de la más poderosa de las Antiguas Familias y que no debía ser hollado por sus desgastadas botas. Se quedó paralizada.

—Hemos llegado, tutora —la apremió el conductor al ver que ella no reaccionaba—. La están esperando.

—Sí —acertó a articular Leara—. Gracias.

Se apeó de la carroza y, tan pronto sus pies tocaron el suelo, un escalofrío trepó por su espinazo. Era una plebeya, una intrusa en una mansión de aristócratas, y estaba ensuciando de barro los mosaicos que relataban la historia de sus ilustres ancestros. Había visto a la guardia de la ciudad ahorcar a gente por faltas menores que aquella. La chica escuchó, con una claridad cristalina, cómo la misma brisa que le peinaba el cabello le susurraba al oído: «este no es tu lugar». Se sintió desnuda y vulnerable, trémula como la última hoja de una rama que a duras penas resiste el soplo del viento.

Tenía que tratarse de un error. Seguro. Ella no debería estar ahí, sino en la Academia, o en su casa, o en cualquier otro sitio. Mas cuando Leara se dio la vuelta para pedirle al cochero que la sacase de allí, el carruaje corría ya colina abajo.

Una voz ronca a su espalda le hizo dar un respingo.

—Lamento haberos invitado de forma tan precipitada —dijo la voz—. Si con ello os he causado alguna molestia, ruego aceptéis mis disculpas.

Lo que le había sucedido a Leara aquella mañana no se parecía en nada a recibir una invitación. Que un hombre armado se presentase en la puerta de una mujer y la arrastrase hasta una carroza con una críptica explicación a medias se acercaba más a la definición de «secuestro». Pero Leara no protestó. No sólo porque una persona de su posición no tuviese derecho a quejarse de los actos de un noble, sino también porque había reconocido la voz que se dirigía a ella. La había escuchado infinidad de veces dando discursos en el Cónclave de la ciudad. Primero como miembro, después como Portavoz y, finalmente, como Plenipotenciario.

A la chica le bastó un rápido vistazo para confirmar sus sospechas. Era un hombre corpulento, maduro, con unos ojos claros y pequeños pegados a una enorme nariz. Su alargado rostro quedaba enmarcado por una media melena entrecana y una acicalada barba. Era Derold Milian Novon II, el hombre más poderoso de Tiuma. No cabía duda; su efigie llevaba años acuñándose en las monedas.

Leara se desplomó en una profundísima reverencia y no se atrevió a levantar la vista del suelo por temor a cruzar la mirada con su interlocutor.

—No hay razón para lamentarse, Plenipotenciario, salvo por la terrible equivocación que ha cometido vuestro cochero —contestó a una velocidad imposible. Los nervios conseguían que sus palabras se atropellaran unas a otras—. Ha confundido a esta humilde sierva de Tiuma con la persona a quien hayáis tenido a bien invitar a vuestro excelso palacio.

—¿Acaso no sois Leara Viera, tutora de la Academia? —inquirió el hombre.

—Así es, mi señor —afirmó ella, en un tono tan bajo como sumiso.

—En tal caso, no hay error alguno —sentenció el Plenipotenciario, afable. Una de sus mayores virtudes políticas era su capacidad para resultar solemne y cercano al mismo tiempo—. Podéis incorporaros.

La chica vaciló un momento antes de aceptar la mano que el aristócrata le ofrecía. Si bien tocarlo parecía inapropiado, rechazar su ayuda supondría un insulto aún mayor. Azorada, Leara optó por tomarlo de la manga para evitar el contacto directo con su piel, e incluso ese gesto tan inocuo cubrió de rubor sus mejillas. Se disculpó con Novon en lugar de darle las gracias.

—Hace un día precioso. Creo que daré un paseo por mis jardines —comentó, jovial, el noble. Un latido después, como si acabase de recordar que Leara estaba ahí, agregó—: ¿Le apetecería acompañarme?

La joven boqueó sin emitir sonido alguno.

—Le mostraré mis famosos crisantemos; los primeros en abrirse y los últimos en marchitarse de toda la región —insistió el hombre. Unas dicharacheras arrugas cruzaron su rostro cuando le guiñó un ojo—. Son el orgullo de la familia. Acaban de florecer.

Un leve asentimiento fue todo lo que Leara atinó a ejecutar antes de que el Plenipotenciario sonriera y echase a andar por uno de los numerosos senderos en que se dividía el camino de mosaicos. La chica casi tuvo que correr para alcanzarlo.

Caminaron un buen rato a través de los jardines, deteniéndose cada poco a oler alguna de las flores. El aristócrata amenizaba la marcha revelando secretos acerca del delicado arte de la botánica. La clave, según decía, residía en la poda. Demasiadas hojas pueden arruinar una flor. Leara se limitó a escuchar con atención. A pesar de que una galopante curiosidad la carcomía por dentro, no preguntó ni una sola vez acerca del motivo que había conducido al cabeza de la familia

Novon a invitarla a su hogar. De todas formas, tampoco se hubiera atrevido. Pero a la chica le pareció que el Plenipotenciario agradecía su paciencia, pues resultaba evidente que el noble no deseaba tratar el tema hasta asegurarse de que nadie más que Leara podía oírlo.

—Tengo entendido que es usted una de las pocas mujeres de la Academia —dijo él cuando ya se hallaban a una distancia razonable de la mansión principal—. No debe haber sido nada fácil convencer a los viejos decanos para que le otorgaran el rango de tutora.

—No es fácil para nadie —comentó Leara, prudente.

Lo cierto era que le había costado horrores. Leara se vio obligada a demostrar que era diez veces mejor que el resto de aspirantes y, aun así, sólo consiguió el puesto porque su presencia en la Academia no suponía una amenaza para el Decanato. El de tutor no era más que un rango inferior, sin posibilidades de ascenso a menos que se contase con un título nobiliario o muy buenos contactos. Era un callejón sin salida para la gente del pueblo llano.

—No se reste méritos. Estoy seguro de que es usted una tutora más que digna —dijo el aristócrata—. Según he oído, enseña usted a leer a la plebe sin pedir nada a cambio. Dicen que no rechaza a alborotadores, borrachos o descarriados. Incluso que baja a los calabozos para aleccionar a los reos que desean aprender.

—Bueno, yo... —tartamudeó la joven, sobrepasada por tantos elogios.

—¿Puedo preguntarle por qué? —la interrumpió Novon, antes de que la chica se deshiciera en una retahíla de balbuceos ininteligibles—. Por favor, deme una respuesta sincera. Tiene mi permiso para hablar con total franqueza.

La mujer se detuvo en seco y, por primera vez, miró al Plenipotenciario a los ojos. Esa era, con toda probabilidad, la única ocasión que tendría de hablar con él. No debía desaprovecharla. Quizá sus argumentos ayudasen a que se promulgaran leyes a favor de un sistema en que primase la resocialización de los reos por encima de la pena de muerte. Ante Leara había aparecido la oportunidad de colocar la primera piedra sobre la que, con un poco de suerte, se podría construir un mundo en el que la gente tuviera derecho a equivocarse. Un lugar en que errar el camino no significara perderse para siempre. Una ciudad que fuese consciente de que a veces se delinque por necesidad. Así que se tragó sus temores, hizo de tripas corazón y contestó con vehemencia:

—Pienso que todos, sin excepción, pueden beneficiarse del saber. Que pueden ser reeducados para volver a integrarse en la sociedad. Creo que el conocimiento puede convertirlos en mejores personas.

—Es posible que eso sea cierto para un ladrón, pero ¿cree en las segundas oportunidades para los criminales de sangre? —preguntó Novon, clavando sus pupilas en las de la joven y apuntalando esa mirada con un ceño fruncido—. ¿Para los traidores, los violadores y los asesinos?

Mas Leara, para su propia sorpresa, no se dejó amilanar. El fuego de los ideales ardía en sus entrañas y le hacía bullir la sangre. Ese calor le brindaba una fuerza desconocida.

—No sólo en las segundas, Plenipotenciario —aseguró la chica, y un destello de orgullo asomó entre las notas de su tono—. También en las terceras y las cuartas. Lo único que importa es que el prisionero albergue la voluntad de reformarse.

—Ya veo. Su fidelidad hacia sus convicciones es admirable —repuso Novon, pensativo, mientras se atusaba la barba entrecana con el índice y el pulgar—. Permítame una última hipótesis, si es tan amable. Supongamos que el reo se negase a cambiar. Imagínese que no muestra un ápice de arrepentimiento, que la demencia ha hecho estragos en su cerebro y que es, a todas luces, incapaz de diferenciar entre el bien y el mal. ¿Intentaría salvarlo de todos modos?

—Sí —respondió Leara sin dudar un instante—. Haría todo cuanto estuviese en mi mano.

El hombre se cruzó de brazos y cambió el peso de una pierna a otra. Unas arrugas surcaron su frente a medida que sus pobladas cejas adoptaban una expresión que podía indicar tanto concentración como enfado. Leara, temiendo que se tratara de la última de las opciones, se arrepintió de haber hablado sin tapujos. ¿Cómo había osado? ¿Quién demonios era ella para decirle al Plenipotenciario cómo impartir justicia en su ciudad? ¿Cómo podía ser tan estúpida? La joven sintió que sus rodillas comenzaban a temblar. Estaba a punto de arrojarse al suelo para suplicar el perdón cuando Novon habló de nuevo.

—Sígame —le indicó. Y, sin más, le dio la espalda y reemprendió la marcha.

—Espere, por favor. No pretendía...

—Déjese de disculpas, tutora. Tengo un encargo para usted y, si quiere cumplirlo, va a tener que abandonar esa actitud de cachorrito apaleado —dijo el noble. No quedaba en su voz ni el más ligero rastro de la afabilidad que había mostrado hasta ese momento. Toda su amabilidad se había tornado urgencia—. Mientras viva en mi casa, quiero que mantenga esa fortaleza de carácter que me ha parecido entrever en usted. La va a necesitar. Si no se siente capaz de sacar su lado más severo, será mejor que se vaya. De otro modo, la matará tan pronto consiga desatarse. ¿Me ha entendido?

—¿Mientras viva en su casa? —repitió ella, atónita. Sólo un latido después, con más atino a la hora de elegir sus prioridades, añadió—: ¿Quién me matará?

—Dígame qué ve aquí —le ordenó el Plenipotenciario, señalando uno de los mosaicos del camino.

Por su tono apremiante, Leara dedujo que el aristócrata no iba a responder a ninguna de sus preguntas, así que no le quedó más remedio que hacer lo que le pedía. Centró su atención en el mosaico.

Representaba una escena violenta. A la izquierda de la composición, diez hombres a caballo, soldados tiumeses armados con lanzas y ballestas, cargaban colina abajo contra una pintoresca muchedumbre de baja estatura. En el lado contrario, los enemigos, desnudos y deformes, mostraban sus fauces y plantaban cara a los caballeros esgrimiendo cuchillos negros.

A simple vista parecía la estampa de la guerra contra los bárbaros sureños. Sin embargo, Leara reparó en que ante los soldados corría una jauría de mastines. Además, algunos jinetes portaban atadas al cinto, a modo de trofeo, dos o tres de las cabezas de sus enemigos. Entonces comprendió qué era lo que estaba contemplando y quiénes eran esos seres grotescos a los que se enfrentaban los galantes caballeros.

Al principio no los había reconocido, pues las inclemencias del tiempo habían deteriorado los antaño coloridos tonos del mosaico. Aunque, ahora que se fijaba bien, Leara alcanzaba a distinguir restos de pintura roja en aquellas piezas que correspondían a la piel de alguno de los enemigos. Y aquello que estos portaban a la espalda, y que ella había creído escudos, eran en realidad sus características alas atrofiadas.

Eran gohut. Una horda de ellos.

—Es la batida de otoño —afirmó Leara—. La mayor de todo el año. Tiene lugar justo antes de que la primera helada cierre el paso de las montañas.

—¿Qué opina de ellas? —quiso saber el Plenipotenciario—. ¿Está a favor o es de las que reniega de las cacerías? Dígame cuál es su punto de vista como miembro de la Academia.

—Aunque no me entusiasman, creo que son un mal necesario para erradicar a los gohut y librar nuestras tierras de su impía presencia —respondió la chica, encogiéndose de hombros ante una

pregunta con una respuesta tan evidente—. Cada ciclo que pasa estamos más cerca de conseguir extinguirlos. Sin embargo, nunca acabamos de lograrlo. Por muchos que matemos, siempre sobreviven unos pocos. Los suficientes, al parecer, para repoblar la especie durante el invierno. Se aíslan en las inaccesibles cumbres de las montañas y, allí, se dedican a aparearse con toda la frecuencia de la que son capaces. La Academia estima que el período de gestación de los gohut es de menos de un mes y que las hembras suelen tener camadas de seis crías. Los infantes alcanzan la madurez en torno a los tres años de edad, pero pueden pelear a partir de los dos. Aunque no son demasiado inteligentes, son salvajes y muy agresivos. Destrozan nuestros poblados, arrasan nuestras cosechas y parecen regocijarse en la destrucción. Son una plaga que, por el bien de los nuestros, tenemos la obligación de detener.

—Excelente, tutora. Una respuesta de libro —aprobó Novon—. Y ¿qué puede decirme de la batida de otoño de hace cuatro años?

—Que... —Leara vaciló. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación—. Que fracasó. Los caballeros de Tiuma cayeron en una emboscada gohut en uno de los estrechos del pie de las montañas y se vieron obligados a retirarse.

—«Retirarse» no es el término que yo hubiese empleado —corrigió Novon con un gruñido. Hablaba con la vista clavada en uno de los caballeros del mosaico y la boca torcida en una mueca desagradable—. El comandante Wanfred dirigió a la tropa de forma descuidada e indolente. La soga fue una sentencia demasiado blanda para él. El muy imbécil no sólo ignoró las órdenes del Cónclave y se internó en los valles de más allá de las llanuras, sino que, además, alargó demasiado las líneas y debilitó los flancos. Por culpa de su propia incompetencia tuvo que elegir entre luchar y morir en una batalla perdida de antemano o replegarse y salvar a la mitad de sus hombres, a costa de la otra mitad. Y, aunque esté siendo usted tan precavida al abordar el tema, tutora, sabe tan bien como yo que Gerrin, mi primogénito, se contaba entre los que no consiguieron regresar a casa.

Leara tragó saliva. Quería guardar silencio, pues era consciente de que no existía palabra capaz de consolar a un padre que ha sobrevivido a un hijo. Las normas sociales, sin embargo, exigían que lo intentara.

—Lo siento mucho —susurró—. No puedo ni imaginarme el dolor que debió suponer esa pérdida para usted y su familia.

—No me dé el pésame —replicó el hombre—. Gerrin está vivo.

A pesar de la claridad del mensaje, dos rápidos parpadeos delataron que la joven no había comprendido lo que Novon intentaba decirle.

Sin duda, el noble debía referirse a que su recuerdo aún perduraba. No era de extrañar. Cuatro años no era tanto tiempo y, además, los pudientes solían encargarse de que las gallardas gestas de sus fallecidos quedaran immortalizadas en las canciones de los bardos. Las exageraciones y las mentiras calaban mejor si iban acompañadas de una melodía pegadiza. Si el estribillo era lo bastante bueno, el pueblo lo tarareaba durante generaciones.

No obstante, el Plenipotenciario se había expresado de forma que sus palabras pretendían desprender un significado más literal. Uno imposible.

—Disculpe, creo que no le he entendido bien.

—Me ha entendido a la perfección: Gerrin está vivo —insistió el aristócrata—. Un grupo de soldados lo encontró hace tres semanas, durante la última batida. Lo rescataron de la horda gohut que lo tenía prisionero.

—¡Prisionero! —exclamó Leara—. Plenipotenciario, eso es...

—Peor de lo que imagina —terminó el noble por ella, negando con la cabeza—. Cuatro años de cautiverio con esos salvajes han trastornado su juicio.

El hombre se mordió el labio inferior y dirigió la vista al horizonte, tal vez buscando en esa infinita línea la paz que su corazón no hallaba.

—Para eso la he traído aquí, tutora —prosiguió el aristócrata tras soltar un largo suspiro—. Necesito que me ayude a recuperarlo. Enséñele a su mente el camino de vuelta. Si lo consigue, la familia Novon le brindará todo el respaldo que necesite para alcanzar el puesto de decana.

—Yo... —comenzó la mujer, pero la sorpresa le impidió continuar.

Decana. Ella. Una de las humildes, sentada en el círculo interno de la Academia por derecho propio. Valdría la pena sólo por ver las caras que pondrían sus intelectuales y nobilísimos colegas durante su nombramiento. Mas Leara no podía permitirse el lujo de decidir sólo con su vanidad, pues dejar de ser invisible tenía muchas y muy graves desventajas. La joven no era tan ingenua como para creer que el respaldo de una de las Antiguas Familias bastaría para mantenerla a salvo. Más de uno de los próceres de Tiuma vería en el ascenso de Leara un atentado contra sus privilegios, un peligroso precedente, y era un secreto a voces que por lo menos a un par de ellos no les temblaba el pulso a la hora de contratar asesinos.

La oferta era jugosa, sí, pero la tutora no estaba segura de querer entrar en un juego en el que la apuesta mínima era su vida. Lo sensato era rechazarla.

—Leara. —Novon pronunció su nombre a la par que la tomaba de las manos. El mero contacto hizo que se le erizara el vello de la nuca—. Hace sólo un momento me ha asegurado que haría cuanto fuese posible por darle una segunda oportunidad a un reo. Que trataría de reconducirlo hacia el civismo por medio de la educación y el conocimiento. Sé que supondrá un reto, pero es usted famosa por su tenacidad, por no rendirse nunca.

La tutora abrió la boca. Sin embargo, antes de que una sola palabra abandonase sus labios, las rodillas del aristócrata tocaron el suelo. Una terrible humillación para alguien que jamás se había inclinado ante nadie.

—Por favor, Leara —pidió el orgulloso noble en un quebrado gemido—. No se lo estoy ordenando como Plenipotenciario, se lo estoy suplicando como padre.

—Levántese. Lo haré —se apresuró a acceder la joven. Sentía que había algo casi antinatural en que el hombre más poderoso de la ciudad se postrase ante ella. Tiró de él hasta que se incorporó del todo y luego, para terminar de convencerse a sí misma, tuvo que repetir una vez más el pacto que, sin apenas darse cuenta, ya había firmado—: Lo haré.

Mientras volvían hacia la mansión, de nuevo a través del jardín de crisantemos, Leara le pidió al Plenipotenciario que le explicara todo lo que necesitase saber sobre su primogénito; desde los principales rasgos de su personalidad hasta las circunstancias de su rescate.

Novon relató que, tras una batida especialmente cruenta en la que una horda gohut había decidido plantar cara, un grupo de caballeros de Tiuma lo encontró vagando por la llanura. Tenía la mirada perdida y parecía desorientado. Por lo visto, su comportamiento resultaba tan extraño que los soldados estuvieron a punto de abatirlo con sus ballestas. Por suerte, uno de los jóvenes del grupo lo reconoció justo antes de apretar el gatillo.

Los soldados escoltaron a Gerrin hasta la mansión Novon, donde había permanecido recluido en secreto desde entonces, a la espera de que mejorase su estado. Cosa que no había sucedido. No hablaba, no parecía acordarse de su propia familia y se mostraba muy agresivo con cualquiera que intentase entrar en sus aposentos. Hacía tiempo que nadie se atrevía a quedarse a solas con él si no era con un arma bien a mano.

—Grita de noche. Mucho. Los primeros días chillaba tanto que perturbaba el sueño y la tranquilidad de quienes habitamos la mansión. Al final, tuvimos que trasladarlo aquí para no oír sus lamentos —comentó el Plenipotenciario cuando sus pasos se detuvieron ante la entrada de uno de los torreones del palacio.

La torre era la más baja de las que componían la tríada de agujas de la mansión Novon. Resultaba evidente que había sido construida más tarde, como un anexo del ala oeste al que sólo podía accederse desde el jardín. A pesar de la delicadeza de sus ángulos y la gracia de sus formas, había en ella una cierta asimetría que la diferenciaba del resto del palacio. A la luz del sol de la mañana el mármol del torreón relucía con un aire taciturno. Leara estaba segura de que, al resplandor de la luna de medianoche, esa melancolía se tornaba soledad. La embargó una profunda tristeza.

—No está bien que mantenga a su hijo apartado de la gente. El aislamiento sólo produce aislamiento —se atrevió a sugerir Leara—. Que no lo oiga gemir no significa que haya dejado de hacerlo.

—Soy consciente de ello —se mostró de acuerdo Novon mientras abría el portón de la torre—. Sin embargo, tal y como está ahora, no podemos hacer otra cosa. Lo entenderá cuando lo vea, tutora.

Al contrario de lo que esperaba Leara, el Plenipotenciario no la guio escaleras arriba a unos aposentos confortables, sino que la condujo hacia el húmedo sótano. A los oscuros calabozos.

—Sé lo que está pensando —le dijo él, con pesar, al reparar en la expresión de la joven—. Cree que soy un mal padre, que sólo un monstruo puede encerrar a su propio hijo en una mazmorra.

—No va a hacerle ningún bien privándolo del sol —repuso ella, cautelosa, guardándose para sí sus opiniones. Había conocido a demasiados criminales como para sentirse cómoda juzgando a nadie. Ni siquiera a un aristócrata—. La luz natural es muy beneficiosa para los enfermos mentales.

—La luz natural entra por las ventanas. Y Gerrin... —El hombre suspiró—. Intentó saltar por una de ellas. Cinco veces en sólo cuatro días.

—¿Trataba de escapar o...? —La tutora no acabó la pregunta. No había una manera delicada de hacerlo.

—No estoy seguro —admitió el aristócrata—. No sé qué demonios pasa por su cabeza, no lo reconozco. No es el mismo chico que crie.

La mujer se mordió el carrillo, preocupada. Dedicó el resto del tiempo que tardaron en bajar las escaleras de caracol a rezar una silenciosa plegaria a la diosa Daset. Rogó por que Gerrin no fuera un suicida. Una vez tomaban la decisión de quitarse la vida, era casi imposible hacer que rectificasen.

El último peldaño los llevó a un estrecho pasillo. Del muro derecho colgaba una hilera de antorchas; el izquierdo estaba ocupado por una ristra de puertas de madera de roble. Un hombre joven, de no más de veinticinco o veintiséis años, esperaba apoyado junto a una de ellas. Su aspecto y su porte delataban que no se trataba de un simple carcelero.

—¿Es ella? —le preguntó el chico al Plenipotenciario tan pronto los vio llegar.

—Así es —contestó Novon—. Tutora, le presento a Errold Gaden Novon, mi hijo menor. Errold, esta es Leara Viera.

Ella, por supuesto, ya había oído hablar de él. Errold, el pequeño de los Novon, era un joven atrevido y provocador. Disfrutaba de las fiestas casi tanto como de las mujeres, y de estas casi

tanto como de los duelos. Entre la plebe se decía que lo único más afilado que su lengua era su estoque.

—E-encantada, mi señor Errold —tartamudeó Leara a la par que se inclinaba en una reverencia. Dos aristócratas eran demasiados para una misma mañana.

—Ha venido a ayudar a mi hermano, así que bastará con Errold, tutora —correspondió él con un movimiento de cabeza. Después sacó un manojito de llaves y señaló hacia una puerta con el pulgar—. Puede echarle un vistazo ahora, si quiere. Acaba de dormirse.

—Está bien —accedió Leara.

La llave giró en el ojo de la cerradura. El pestillo se abrió con un chasquido tan fuerte que la tutora temió que hubiese despertado al prisionero. La joven contuvo el aliento en tanto Errold empujaba la puerta, arrancándole un chirrido a las bisagras oxidadas. Y lo soltó de pronto al ver el estado del pobre diablo que habitaba la celda.

Gerrin yacía desnudo sobre un camastro. Sus brazos y piernas estaban inmovilizados, atados a los postes de hierro del cabezal y los pies de la cama mediante tiras de cuero; su boca, amordazada con un bocado de caballo.

—Ibelid misericordioso —susurró, sobrecogida, antes de volverse hacia sus acompañantes—. Tratarlo así es inhumano.

—Él es el inhumano, tutora —siseó Errold, y se quitó un guante para mostrarle a la joven la marca de un profundo mordisco en la palma—. Esto me lo ha hecho hoy mientras le daba de comer. Créame si le digo que está aherrojado tanto por su seguridad como por la nuestra.

La nariz de Leara se arrugó al percibir el hedor que desprendía el reo, mas aun así se acercó a él. Tenía el pelo sucio y la barba castaña apelmazada por una mezcla de babas y restos de comida. Su torso, cuasi famélico, estaba recubierto de cortes y cicatrices. De entre todas sus marcas, seis quemaduras, de no más diámetro que una moneda, llamaban la atención por su disposición simétrica: dos en el lugar que deberían ocupar sus pezones, dos a la altura de las costillas flotantes y dos más a la del ombligo. «Señales de tortura gohut», supuso la tutora.

—Es horrible —masculló la joven—. No logro explicarme cómo su cuerpo ha logrado soportar tantas heridas.

—Y su mente está aún peor —afirmó el Plenipotenciario, colocándose a su lado—. Me llena de pesar verlo así, sabiendo lo que llegó a ser. Le aseguro que, antes de que lo capturasen, Gerrin era un joven ejemplar. Aprendió de los mejores el arte de la estrategia y practicó la oratoria con los más versados miembros del Cónclave. Le encantaba tanto estudiar Historia como entrenar en el patio de armas, y era tan diestro en las lides del combate como en los entresijos de la política. Pero lo que más disfrutaba, con diferencia, era jugar a *la toma del castillo*. Era un prodigio, un auténtico maestro del tablero. No lo he visto perder contra nadie desde que tenía doce años.

—Es verdad. Aunque con la espada jamás fue rival para mí, nunca pude ganarle en el tablero —coincidió Errold, nostálgico—. Me daba una envidia terrible que fuese capaz de desbaratar todas mis tácticas con sólo colocar un par de piezas en el lugar y momento adecuados.

—Estaba destinado a ser un gran cabeza de familia —se lamentó Novon.

—Todavía lo está —lo corrigió Errold.

—Tienes razón —admitió el Plenipotenciario, con un amago de sonrisa. Después, inclinándose sobre su primogénito, le acarició la cabeza y susurró—: Volverás a ser quien eras, hijo mío. Te lo juro.

Fue esa promesa, y no el calor de la mano de su padre, lo que arrancó a Gerrin de su sueño. El prisionero abrió los ojos y, por un instante, sus pupilas se cruzaron con las de Leara. A pesar de

que la conexión duró un solo latido, la joven pudo notar cómo esa mirada indómita la atravesaba. Sintió en ella una fuerza capaz de clavarse en el cielo y partirlo en mil pedazos; un poder tan abrumador que haría temblar las entrañas de la tierra. Poseía un vigor tribal con sabor a azul oscuro, a magia totémica y al crepitar de la llama. A humo, a hueso y a ascua. El momento pasó tan despacio y, sin embargo, tan raudo que la realidad se tiñó con los oníricos tonos del delirio. El tiempo jugó con ellos. Bailó siguiendo ese tempo inexacto de la caída de una pluma, del avance de la escarcha sobre el cristal, del extraño sosiego expectante que habita entre un rayo y su trueno.

Y, tras la calma, estalló la tormenta.

Gerrin rugió. Aulló con una potencia de la que ningún humano habría sido capaz. Se arqueó sobre el lecho, formando un puente con su espalda, y lanzó un ensordecedor chillido a través de la mordaza. Se revolvió con tal fuerza que los cabezales a los que estaban atados sus miembros vibraron. Las correas de cuero se tensaron hasta un punto imposible, lacerándole muñecas y tobillos allá por donde lo tenían amarrado.

—¡Sácala de aquí, rápido! —le gritó Errold a su padre antes de abalanzarse sobre Gerrin y tratar de retener sus brazos—. ¡Sácala de aquí y luego ven a ayudarme, maldita sea! ¡Va a romperlas otra vez!

Al Plenipotenciario no le costó arrastrar a Leara fuera de la celda, puesto que el sobresalto ya la había hecho retroceder casi hasta el umbral. Una vez en el pasillo, Novon la tomó de los hombros y la obligó a mirarlo a la cara para asegurarse de que entendiera lo que iba a decirle. El rostro de la chica se había quedado tan pálido como el velo de un magistrado mobarusi y sus ojos danzaban erráticos de un lado a otro.

—Tutora. ¡Tutora Leara! —reclamó su atención Novon—. Escúcheme: quiero que salga al jardín y atranque la puerta por fuera. Después, vaya hasta la mansión y avise a mi chambelán personal, Dagus, para que venga a echarnos una mano. Dígale que traiga correas nuevas. ¿Me ha comprendido? —Leara asintió—. ¡Pues corra!

La chica voló escaleras arriba huyendo de los gruñidos de Gerrin, que resonaban contra las paredes y se solapaban unos con otros. La piedra parecía sangrar sus alaridos de cada grieta. Pero no fue eso lo que asustó a Leara. No; lo que le heló el tuétano de los huesos fue el recuerdo de su mirada. Fiera. Insaciable. Poseedora de la aplastante presión de una montaña de plomo y de la incontenible violencia de un río desbordado.

Era la mirada de un ser que no conocía la sumisión ni el miedo. La mirada de una bestia enfurecida.

Tres

El trapo mojado lamió la piel del reo y cambió la mugre por perlas de agua. Gerrin gimió al sentir su frío contacto, mas ni se revolvió ni intentó zafarse de las manos de su cuidadora. A Leara le pareció un gran triunfo. Le había costado más de dos meses que el joven se acostumbrara a su presencia, pero lo había conseguido.

La tutora ya había tratado antes con prisioneros que se encerraban dentro de sí mismos y sabía que era imposible abrir sus mentes desde fuera. La llave de sus celdas psicológicas sólo la tenían ellos, así que lo mejor que podía hacer era armarse de paciencia y esperar, sonriente, ante su puerta. El truco estribaba en ser un elemento más de la vida del reo.

Leara debía convertirse en una silenciosa constante, un comedido patrón que se repetía una y otra vez; una pauta a la que una persona desesperada pudiera aferrarse. La joven establecía una rutina, se ataba a ella y, pronto, su presencia en las mazmorras devenía algo tan seguro, algo tan natural y tan inevitable como el cambiar de las estaciones. Con el transcurso de las semanas, la tutora pasaba a ser una forma de medir el tiempo para los prisioneros, cuya existencia comenzaba a ordenarse en torno a sus visitas en lugar de regularse conforme al ciclo del sol y la luna. Preferían dormir cuando no estaba y mantenerse despiertos en su compañía. Y entonces, un día cualquiera, la carga de la soledad los vencía y los muros que habían levantado para protegerse caían, uno tras otro, por su propio peso.

El primer muro de Gerrin se había derrumbado dos semanas antes, al dejar de lanzar dentelladas cuando le quitaba la mordaza. El segundo había sido derribado hacía sólo tres jornadas, cuando Leara sofocó uno de los repentinos ataques de furia del joven con sólo entrar en la celda. Lo del baño era una novedad de aquella misma mañana. Un paso más en la lenta pero segura recuperación del chico.

—Te estás portando muy bien hoy —le susurró Leara, en tono suave, mientras escurría la suciedad del trapo y volvía a humedecerlo en el cubo.

A pesar de no estar amordazado, Gerrin no le contestó. Nunca lo hacía. Y, sin embargo, parecía escuchar lo que se le decía. A veces Leara incluso creía verlo sonreír cuando le explicaba alguna anécdota graciosa. La ferocidad de sus ojos se calmaba un tanto si oía una voz. Su voz. Quizá por eso le hablaba. Quizá por eso se atrevía a contarle cosas que jamás le había contado a nadie. Había hallado en él a un confidente extraordinario.

—En cuanto estés limpio te sentirás mejor, ya lo verás. La higiene es amiga de la salud, mi madre siempre lo decía —continuó la chica—. Bueno, en realidad, decía algo así como «límpiame esas manos antes de tocar el pan o te arrepentirás cuando te suban las fiebres». No creo que supiese pronunciar «higiene», pero era lista a su manera. Le debo mucho. Ella fue la que convenció a mi abuelo para que me dejase acudir a las clases de la capilla en lugar de ayudarla en el trabajo. De no ser por eso, ahora mismo estaría rajando bolsas de oro en las calles o, peor, colgando de una soga al lado de mi padre. —Las palabras le evocaron un mal recuerdo. Uno terrible. Notó un regusto amargo y gris que trataba de apoderarse de su ánimo. Ahuyentó esa sensación tiñendo su monólogo de un forzado tono de indiferencia. Casi logró engañarse a sí misma—. ¿Por qué son tan duras las leyes con los contrabandistas? Traficar con artículos robados no es un pecado tan grave. ¿No te parece?

Canturreando una melodía, la tutora terminó de lavar a Gerrin. Una chispa de satisfacción prendió dentro de Leara al ver al hombre aseado por fin. Esa gesta se merecía un premio.

—Listo —anunció la joven con una sonrisa a la par que arrojaba el trapo sucio dentro del cubo de agua—. Y, para celebrar que ya no hueles a estiércol, voy a hacerte un regalo. Te he traído algo que te gustará.

Espoleada por la expresión de curiosidad en el rostro de Gerrin, Leara arrastró hasta el camastro la mesa que ella utilizaba para redactar sus estudios durante las largas horas en su celda. Sobre ella había un tablero circular jaquelado de ónice y madreperla. La tutora lo había encontrado registrando en secreto los antiguos aposentos del joven y lo había guardado con la esperanza de que recordar su juego favorito lo ayudara a salir de su estado. Por lo que le habían contado, Gerrin había practicado sus estrategias en ese mismo tablero desde que era sólo un niño. Tal vez jugar una partida lograra conectar la mente del Gerrin actual con la de su yo pasado.

El ejército de arce desplegó sus seis regimientos con una solemnidad reverencial. Una a una, las piezas fueron ocupando sus puestos en el círculo exterior del tablero. Las tropas estaban preparadas para tomar por asalto la fortaleza de la casilla central, mantener a su general en el trono durante tres turnos y ganar la partida.

Leara colocó las fichas pentagonales de madera boca abajo, de tal forma que el símbolo del pelotón que representaban se mantenía oculto. De ese modo, su adversario no podría saber qué unidad ocupaba cada posición hasta que ella decidiera atacar y revelarlo o su contrincante tragara una de sus fichas contra ella. Las posibilidades eran infinitas. Leara podía, por ejemplo, recurrir a la clásica estrategia de rodear a su espía de una escolta con el fin de hacer creer al enemigo que se trataba del general y centrara en él sus ataques. O podía probar alguna estratagema más avanzada, como limitar el movimiento de la caballería a sólo una casilla por turno para fingir que se trataba de una simple tropa de infantería. Si el rival picaba el anzuelo, se aproximaría con sus arqueros para lanzar una salva de flechas desde lo que él consideraría una distancia segura. Y entonces Leara ordenaría a sus caballeros de arce que atravesasen tres casillas a toda velocidad y arrasaran las tropas de nogal.

Sin embargo, ocultar las piezas era una espada de doble filo, pues el adversario también jugaría sus propias bazas y, según el Plenipotenciario, Gerrin contaba con un surtido arsenal de artimañas tácticas. «Suponiendo que su destrozada mente recuerde las reglas del juego», rumió la chica.

Pero la mirada del joven no dejaba lugar a dudas: aún sabía jugar. Los ojos, fijos en el tablero, le brillaban de la misma forma que los de un alcohólico frente a un barril de ale. Era como si estuviese haciendo verdaderos esfuerzos por resistirse, mas fuese incapaz de contenerse.

—Sé que entiendes lo que te digo, así que escúchame bien: voy a soltarte el brazo izquierdo para que puedas mover las fichas, aunque eso va contra las normas que me ha impuesto tu padre. Tendrá que ser nuestro pequeño secreto —dijo Leara. Pretendía con eso convertirse en una especie de cómplice para él, en una suerte de aliada que acabaría sufriendo las consecuencias en caso de que el joven no se comportase como era debido. Era psicología básica—. Por favor, no hagas ninguna tontería, o el Plenipotenciario me echará y no volverás a vernos ni al juego, ni a mí, ni a la luz del sol, porque soy la última posibilidad que tienes de salir de esta mazmorra. ¿De acuerdo?

Y Gerrin asintió. Comprendió y asintió. La chica tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no ponerse a dar saltos de alegría. Era un progreso enorme, mayor incluso que el hecho de que ya no gritara todas las noches.

—*La toma del castillo* era tu pasión, ¿verdad? —comentó la tutora mientras soltaba la correa, hablando en un tono despreocupado que pretendía disimular su júbilo—. Tu hermano dice que eras imbatible, pero te advierto que yo también conozco un par de trucos. En la Academia me

llaman «la estrategia». Estás advertido.

Leara no pudo reprimir un juramento al ver el estado de la muñeca del joven. Allí donde no la tenía desollada estaba llena de ampollas por la fricción con el cuero, y unas pústulas de muy mal aspecto estaban creando cúmulos de pus alrededor de sus tendones. La suciedad y las heridas abiertas no suelen llevarse bien.

—¡Sagrada Daset, Gerrin! —exclamó la tutora, alarmada ante el avanzado estado de la infección—. ¡Tengo que curarte esa mano o la terminarás perdiendo!

Y salió de la celda con tanta premura que casi olvidó cerrar la puerta. Abandonó el torreón y corrió hacia la mansión principal, rumiando cuál sería el remedio más eficaz para que la infección remitiera. Agua hervida o una gasa empapada en vino caliente eran buenos candidatos para enjuagar los cortes y dejarlos libres de aquello que pudiera causar podredumbre, pero el alcohol destilado era bastante más efectivo y mucho más rápido.

Leara sabía que en las cocinas había cientos de botellas de licor de alta graduación. Tendría que hacerse con una de ellas sin que el Plenipotenciario llegara a enterarse, o se vería obligada a contarle que había liberado a Gerrin de una de sus correas sin su permiso. Por muy afable que pudiera parecer, Novon se transformaba en un auténtico demonio si alguien incumplía las reglas. Era tan estricto en los términos como brutal en los castigos. En los meses que llevaba viviendo allí, la tutora ya había visto a dos sirvientes siendo azotados y despedidos por no portar la bandeja conforme al protocolo, así que prefería no pensar qué sería de ella si la descubría ignorando una de sus órdenes directas.

Entreabrió el portón que daba a las cocinas y arrugó el ceño ante el frenético baile de los cocineros que trabajaban en ella. Faltaba poco tiempo para la hora de comer, y los sirvientes ya estaban preparando el menú del día. Dado que no iba a ser posible conseguir una botella de alcohol pasando inadvertida, decidió hacer justo lo contrario. Con un golpe, abrió la puerta de par en par.

—¡Tú! —gritó la tutora, señalando al pinche que tenía más cerca. Era un adolescente de unos catorce o quince años, rollizo y de semblante bobalicón—. Dame una botella del licor más fuerte que tengáis en esta pocilga.

—¿Qué? —dijo el aludido, quedándose parado en mitad de ese hervidero de actividad con una olla entre las manos.

—¿Estás sordo? Licor. Fuerte. Botella. ¡Vamos, despierta! —ordenó la chica, dando una palmada—. El Plenipotenciario la quiere para ayer.

—Pero... eso no puede pedirse así sin más —farfulló el chico—. Para sacar algo de las despensas necesito una solicitud firmada por el jefe de servicio, o lo descontarán de mi sueldo.

Leara suspiró. «De todos los malditos pinches de la región, me he ido a topar con uno que tiene alma de burócrata».

—Dime tu nombre —atajó la tutora.

—Obern, señora —respondió este, poniéndose firme.

—Muy bien, Obern. Le comunicaré al señor Novon que *le exiges* una autorización para sacar de *sus despensas* una de *sus botellas* —comentó Leara, y dio media vuelta para fingir que iba a abandonar las cocinas—. Creo que vas a perder algo más que una pizca de tu sueldo.

La amenaza bastó para que el chico mostrara un brío que había mantenido oculto hasta el momento. En un solo parpadeo, se las apañó para arrojar la olla sobre una mesa, llegar hasta la puerta de un salto y agarrar a Leara de la manga.

—¿Y bien? —La tutora acentuó la pregunta arqueando las cejas.

—V-Voy a buscar el alcohol —tartamudeó—. Espere aquí, por favor.

—Un momento —espetó uno de los cocineros, acercándose a ellos.

El hombre rondaría los cuarenta años y, al igual que ocurría con su ayudante, la barriga le colgaba, prominente, por encima del cinto. Sin embargo, a diferencia de Obern, el cocinero lucía una expresión astuta. Su mirada denotaba inteligencia. Una sentida blasfemia afloró a los labios de Leara. Iban a cazarla ahora que casi lo había logrado.

—Tranquilo Obern, yo me encargo —le dijo el cocinero al chico. Le dio una palmadita en la espalda antes de dirigirse a Leara—. Usted es la nueva institutriz de la mansión, ¿cierto?

—Así es.

—Y, dígame —continuó el cocinero, suspicaz—, ¿por qué demonios iba a enviarla el señor Novon a usted en lugar de a su chambelán personal?

—Porque... —La joven tragó saliva.

—Porque así lo ha dispuesto tu señor y su voluntad es ley en esta casa, Slevon —la interrumpió con brusquedad una voz masculina—. ¿Cuál es tu cometido? ¿Cuestionar u obedecer?

—Yo... —empezó a replicar el aludido, mas se lo pensó mejor—. Obedecer, mi señor. Lo siento, mi señor Errold, yo sólo... Lo siento.

El cocinero se desvaneció entre la multitud de sirvientes con una reverencia. A los pocos latidos, se materializó de nuevo sólo para depositar una exquisita botella entre las manos de Leara y volver a desaparecer. Según rezaba su etiqueta, se trataba de kisem, un licor de arroz aromatizado. Por la fecha, la chica calculó que había envejecido en barrica durante treinta y dos años. Ese alcohol se había destilado antes de que la joven naciera y, muy posiblemente, costase más oro que la casa en la que creció.

Errold se lo arrebató de las manos.

—¿Ha usado en falso el nombre de mi padre sólo para conseguir esto? —inquirió el hombre, frunciendo el ceño—. Qué insensatez, tutora.

Leara ni siquiera intentó replicar. Una cosa era ser locuaz con un pinche de cocina y otra muy distinta mentirle a un aristócrata. No era tan fácil, y los errores se pagaban bastante más caros. Se miró la punta de las botas. No le quedaba más opción que confesar que había desatado al reo y rezar a los dioses por un castigo poco severo.

—Venga conmigo —sentenció el noble. Ella, al borde del llanto, no pudo más que asentir.

La estancia a la que la condujo Errold se asemejaba a una sala de fiestas. Todo, desde la impresionante balconada hasta el exclusivo diván de cuero tintado, invitaba a pensar que la habitación era utilizada para las frívolas reuniones de la alta sociedad. De no ser por la enorme cama que lo presidía, Leara jamás hubiera reparado en que se trataba del dormitorio del aristócrata.

Errold se acercó a una pequeña mesa de conversación, dejó la botella de kisem sobre ella e invitó a Leara a tomar asiento. Ella obedeció como si de una orden se tratara. Mientras se dirigía hacia su silla, se sintió observada por los párpados vacíos de las docenas de máscaras de baile que adornaban las paredes. Quizá sus alegres tonos fuesen notas de color sobre el muro de piedra, pero a ella se le antojaban las representaciones de un panteón de dioses burlones y siniestros.

—Ha llegado usted muy lejos por un poco de alcohol, ¿no le parece? —le preguntó el hombre. La chica estaba tan compungida que no atinó a contestar—. En mi opinión, tal osadía merece un brindis.

Y, dicho esto, el noble sacó dos copas de una de sus alacenas y las llenó de kisem hasta el borde. Los dedos de Leara aceptaron la bebida de forma automática cuando él se la ofreció.

—¡Por la valentía y la temeridad! —entonó Errold, haciendo sonar el cristal de su copa contra la de su acompañante.

Preguntándose si esa celebración sería una suerte de broma de mal gusto, Leara se quedó mirando cómo el joven vaciaba su vaso de un solo trago.

—¡Vamos, no sea tímida! —la espoleó el noble, al ver que la tutora no probaba el licor.

—Mi señor Errold, preferiría que me impusiese el castigo de inmediato —suplicó ella—. No quisiera agravar mi falta bebiendo del fruto de mi robo.

—¿Castigo? No diga tonterías. —El hombre le restó importancia al asunto con un gesto antes de servirse otra copa—. Si en esta casa impusiéramos una pena a todo el que birla una maldita botella nos habríamos quedado sin criados hace mucho, mucho tiempo, créame. E insisto: sólo Errold, por favor.

—Pero el Plenipotenciario...

—No tiene por qué enterarse —atajó él—. Es más, en el improbable caso de que mi padre pregunte sobre el tema, la animo a que mienta. Aunque él la entiende tan bien como yo, en su posición no puede ser tan permisivo. Buena parte del respeto que se le tiene a un noble proviene del temor que inspira su furia.

—Oh —dijo la tutora, con un pestañeo. Mas con esa escueta palabra, con ese sencillísimo vocablo a medio camino entre el desconcierto y el suspiro, las preocupaciones abandonaron su pecho. Podía respirar de nuevo.

—Comprendo que necesite un trago de vez en cuando —prosiguió Errold—. Aguantar los chillidos de mi hermano destrozaría los nervios de cualquiera.

—Ya no grita tanto como antes, aunque admito que hay momentos en los que me siento frustrada —dijo ella, inclinando la cabeza en un gesto de respeto—. Es usted muy bueno conmigo.

—Ser bueno es fácil, lo difícil es ser justo. No obstante, de todas mis debilidades, la bondad es mi favorita. —El hombre esbozó una sonrisa—. Aprovechese de ella.

—No creo que llegue a acostumbrarme a tanta familiaridad —se sonrojó Leara.

—Hágalo —la alentó él—. Al fin y al cabo, pronto estará codeándose con los decanos, y eso le dará derecho a tratar a los nobles como iguales. Debe aprender a manejar a los de nuestra calaña.

«Como iguales», meditó Leara. Las palabras sonaron como un eco en su cabeza. Sería maravilloso despertarse una mañana y descubrir que puedes volar tan alto como los demás, que no tienes que conformarte con pisar sus sombras. Sentir que tu única limitación es la que tú mismo te impongas.

La tutora tomó el primer sorbo de su copa y el kiséem le supo a libertad y a ambición.

—¿Cómo se encuentra Gerrin? —se interesó Errold, bebiendo de nuevo—. ¿Hay algún progreso?

—Mejora poco a poco —comentó ella, cautelosa. No quería hablar de los grandes avances del reo por si resultaban ser temporales. Con los dementes, a menudo sucedía que los pequeños triunfos cosechados durante meses se perdían de la noche a la mañana—. Empiezo a creer que, en tres o cuatro años, podrá volver a la sociedad.

—¿Años? —repitió el aristócrata, como si la revelación le pareciese aterradora—. No, tutora. Tiene que estar recuperado para el siguiente otoño. Debe participar en la batida.

—¡Eso es una locura! —exclamó Leara antes de taparse la boca con ambas manos. «Dioses del cielo», se escandalizó. Contradecir abiertamente a un noble era una tremenda falta de respeto—. Quería decir, Errold, que no es lo más recomendable. Aunque ocurriese un milagro y de pronto se comportara como una persona cuerda, la familia Novon no debería siquiera plantearse el volver a

enfrentarlo a ese trauma.

—Precisamente por pertenecer a la familia Novon debe enfrentarse a sus miedos y asistir a la cacería —expuso el hombre—. Las batidas de gohut tienen una importancia central en las relaciones de poder de Tiuna. Cada una de las Grandes Casas aporta sus mejores guerreros no sólo para exterminar la plaga, sino para demostrar su poder ante el resto de familias. No podemos permitir que nuestros enemigos políticos nos vean en una situación de debilidad. Hemos procurado mantener el regreso de mi hermano en secreto, pero es improbable que logremos seguir escondiéndolo mucho más. En cuanto se descubra, tendremos que dar explicaciones y presentarlo en sociedad. Para entonces, Gerrin debe estar lo bastante cabal como para soportar el interrogatorio del Cónclave y, sobre todo, para volver a cargar contra los gohut. Si el primogénito de los Novon no acude a la siguiente batida de otoño, nuestros rivales se nos echarán encima como hienas hambrientas sobre un montón de carroña.

La joven no pudo creerse lo que estaba oyendo. ¿Ese era el verdadero motivo por el que los Novon querían que Gerrin se recuperara? ¿Juegos de poder? ¿Tejemanajes políticos? ¿Mantener el estatus de su Gran Casa frente al resto de Antiguas Familias? Algo se le clavó en el alma. Apretó una mano contra su pecho en un acto reflejo de taponar la herida que le infligía el egoísmo del noble.

—Estoy segura de que la vida de Gerrin vale más que el puesto de Plenipotenciario de su padre o la posición de los Novon —dijo, dolida.

—No me malinterprete, tutora. —El joven adornó sus palabras guiñando, pícaro, un ojo—. Quiero a mi hermano. Lo quiero de verdad. Crecí a su sombra, idolatrándolo. Él era el espejo en que me miraba. Pero también amo mi ciudad y a mi familia y, como cualquier Novon, tengo claro que mi apellido es mucho más importante que mi nombre. Debe entender que Gerrin es sólo una parte de un todo.

—Lo entiendo —dijo ella, tajante. «Entiendo que los aristócratas os preocupáis más de vuestros títulos que de cuidar de los de vuestra propia sangre».

—No, no lo comprende —señaló Errold, apurando su cuarta copa de un trago—. Permítame ilustrarla.

El hombre se levantó y tomó dos de las máscaras que colgaban de la pared. Una de ellas representaba una cara risueña; la otra, un lobo enfurecido. Se colocó la del bufón y miró a Leara.

—Verá, la vida de los nobles gira en torno a un complejo baile de disfraces donde el menor paso en falso puede suponer la caída en desgracia de un linaje entero —explicó tras la expresión burlona de la máscara—. Es un juego complicado. Sutil. De equilibrios. Donde algunas veces se tira de hilos y lenguas y, otras —cambió al bufón por el lobo—, de dagas y venenos. Tienes que ser y no ser, que sonreír con la boca y amenazar con los ojos, que acariciar con una mano y azotar con la otra.

»Para alcanzar el poder sólo debes leer las situaciones un poco mejor que tus competidores y adaptarte a los cambios del viento justo en el momento en el que se produzcan. Mantenerte en la cima, sin embargo, es otra historia —continuó con una exhalación, quitándose la máscara y dejándola sobre la mesa, junto a la otra—. Retener el poder es más difícil que conseguirlo. Ahora mismo el Cónclave está en nuestras manos, a buen resguardo de intrusiones indeseables. Con la familia Novon al mando, las tradiciones se respetan y Tiuna está a salvo de las reformas y, por tanto, del cambio y el caos. La ciudad goza de estabilidad gracias a que nosotros llevamos las riendas. Pero dele el poder a un progresista, a un Bilem o a un Doriene, tutora, y verá lo pronto que estalla una guerra intestina.

—Una guerra —masculló Leara, asombrada por la vehemencia del discurso del aristócrata. El alegato de Errold había ido adquiriendo un peligroso cariz de fanatismo—. No niego que exista esa posibilidad, pero creo que Tiuma es lo bastante civilizada como para aceptar unos cuantos cambios sin que nos alcemos en armas los unos contra los otros. Obstaculizar toda vía de avance no debería ser el camino a seguir. ¿Para qué queremos un Cónclave si se ata a la tradición y no renueva lo obsoleto?

—¿Renovación? —bufó el noble—. Yo le diré lo que significa eso para un Bílem: crear nuevas instituciones corruptas y disfrazar de democracia su sucia tiranía. —Ilustró sus palabras tomando la máscara de bufón y colocándola sobre la de lobo—. Las promesas de reforma son sólo un engaño para ganarse el favor de la plebe. Los gobiernos progresistas son pantomimas de cara al público, obras de teatro ensalzadas por las voces de los necios y pagadas con la sangre de los ilusos.

—Esa es una opinión muy radical —apuntó la tutora, tratando de calmarlo—. Sin duda...

—¡No! —gritó el aristócrata a la par que golpeaba la mesa con los puños. Las copas se volcaron, rodaron sobre la madera y se quebraron al caer al suelo—. No es una opinión, es un hecho. Si cree que los enemigos de mi familia buscan lo mejor para el pueblo es que no sabe diferenciar entre un noble y un déspota. Las normas y las tradiciones existen para guiar nuestras vidas por la vía correcta. Modificarlas equivale a torcer nuestra senda.

Leara enmudeció. Envalentonada por el licor, había ido demasiado lejos al sugerir que no estaba de acuerdo con las actitudes inmovilistas del Cónclave. El talante despreocupado y díscolo de Errold la había hecho bajar la guardia y obviar que se hallaba ante un miembro de la casta más conservadora de la ciudad. Había olvidado al lobo que se ocultaba tras la máscara de bufón y lo rápido que una chispa puede convertirse en un incendio.

—Disculpe la falta de perspectiva de esta sierva de Tiuma. Los asuntos políticos nunca han sido mi fuerte —se excusó la joven, tras unos instantes de tenso silencio—. Debería volver con Gerrin.

—No. Ni me gusta la condescendencia con que me habla, ni me gustan sus tendencias progresistas —espetó Errold. La forma en que arrastraba las palabras indicaba que la ingesta de kisem había empezado a afectarle, y hay pocas combinaciones tan difíciles de manejar como el alcohol, la violencia y las pasiones—. Me ha hecho cambiar de parecer respecto a su castigo. Saltarse una norma menor tiene un pase; albergar ideas a favor de perturbar el imperio de la ley tradicional, no. Debe aprender a respetar a la Gran Casa que le brinda cobijo y a la Antigua Familia que protege su ciudad, tutora. Me veo en la desagradable obligación de doblegar ese brío rebelde que tiene.

—Errold, le aseguro que...

—¡Cállese! —le ladró—. Ya es tarde para pedir perdón y tiene una importante lección que asimilar. Vaya hacia la cama.

La sangre abandonó el rostro de la chica. La fama de mujeriego del menor de los Novon era de sobras conocida y, según las malas lenguas, su apetito era tan excéntrico como insaciable. Incapaz siquiera de incorporarse de la silla, Leara empezó a temblar. El noble no tardó más de cinco latidos en perder la paciencia y arrastrar a la tutora hasta el borde del lecho aferrándola del brazo.

—Vuélvase y apoye los codos en el colchón —le ordenó el hombre.

—¿Qué va a...?

—Le daré una pista —rio él—. No serán unos azotes.

—Por favor, mi señor, haré cualquier cosa, lo que sea... —gimió Leara.

—Oh, claro que lo hará —repuso Errold, sonriente, antes de darle la vuelta a la joven él mismo e inclinarla sobre la cama—. Hará cualquier cosa que yo le pida porque ostento poder sobre usted. ¿Entiende? Mientras no sea usted decana es inferior a mí, un miembro de la más alta nobleza. Me bastan unas pocas palabras para que mis deseos se cumplan. Estas, por ejemplo: súbase la falda.

No había salida. Aunque ella intentase resistirse, él tenía más fuerza. Y, aun en el improbable caso de que esa fuese una batalla que Leara pudiese ganar, una simple orden del aristócrata haría que la guardia la llevase a la horca. La joven apretó los labios y, con dedos vacilantes, agarró los pliegues del vestido y se lo subió hasta la cintura. Sólo deseaba que fuese rápido.

—Podría hacer con usted lo que me viniese en gana. Siempre que quisiera —le susurró Errold al oído—. Pero no lo haré. Ni siquiera voy a tocarla. Porque eso estaría mal. Porque está prohibido por la ley y la tradición. Porque soy un noble, no un déspota. Eso es lo que distingue a un Novon de un progresista. ¿Ve ahora la diferencia?

—S-sí —murmuró ella.

—Bien —dijo el hombre, dando una palmada y apartándose de la joven—. Confío en que esto la haya enseñado a respetar todo lo que representa mi apellido. Puede marcharse.

Las faldas emitieron un siseo al caer sobre las piernas de Leara. La mujer, que a duras penas contenía las lágrimas, se tragó un sollozo, fijó la vista en el suelo y se dirigió hacia el pasillo. Sintió, como puñaladas en la espalda, la mirada de docenas de máscaras que se reían de su humillación. De su dolor. De su impotencia.

—Tutora, ¿no olvida algo? —La detuvo el noble antes de que lograra cruzar el umbral. Leara se volvió hacia él con unas cizallas apretando su corazón y una oración muda escondida entre sus labios—. El kisem. Hágame el favor de no beber demasiado. Sea consciente de que las esperanzas de mi familia están puestas en usted. Tiene que conseguir que mi hermano cabalgue en la siguiente batida de otoño.

Esa misma noche, rememorando lo sucedido antes de que el agotamiento la arrastrase a un duermevela plagado de pesadillas, Leara sería incapaz de recordar el trayecto de vuelta a las mazmorras. Aunque la hubiesen amenazado con un cuchillo no habría sabido decir qué ruta tomó, cuánto tiempo tardó en llegar o si se topó con alguien siquiera. Su mente estaba fuera de sí misma, ajena a todo cuanto le pasaba, como si en realidad le estuviese ocurriendo a otra persona. No lograba pensar con claridad. Sus propias ideas se le antojaban tan lejanas como las nubes sobre el horizonte, tan tenues como murmullos acallados bajo una almohada, tan esquivas como espectros vistos de soslayo. Tal vez por eso, al abrir la puerta de la celda, tardó un instante en reparar en que Gerrin ya no estaba en su lecho. Había sido un error dejarlo a solas con una mano libre.

El reo se acercó por detrás e inmovilizó a la joven pasándole uno de sus nervudos brazos por el cuello. La botella de licor reventó en mil pedazos al tocar el suelo.

—Gerrin... —suplicó Leara.

—*Kne*. Este... cuerpo... ya no es suyo —dijo la rasposa voz del prisionero, con un acento que la tutora no había escuchado jamás. Más que hablar, el hombre masticaba y escupía cada palabra—. Yo soy Rin, el dos veces nacido... gohut del clan... de la Noche Ululante.

—¿Goh..?

La exclamación de sorpresa quedó a medias cuando el prisionero aumentó la fuerza de su agarre sobre el pescuezo de la chica.

—Me has tratado bien. No quiero... *errtat*, a ti. Pero lo haré si no colaboras —prosiguió el reo. Los vocablos parecían emerger de su boca a golpes y a través de un campo de espinos. A su

lengua le costaba recordar su propio idioma—. Vas a ayudarme a escapar. Necesito salir de aquí.

Entonces ocurrió algo extraño. Tan excepcional que Rin moriría antes de que Leara llegara a saber qué fue lo que lo impulsó a aflojar su llave de presa. Puede que lo ablandaran los sollozos de la chica, quien no pudo reprimir su llanto por más tiempo, o tal vez le sorprendió sentir el húmedo beso de las lágrimas de la joven cayéndole sobre el brazo. O quizá, solo quizá, fue el impacto de ver su voluntad reflejada en las palabras de ella.

—Yo también.

Cuatro

Cuando Leara entró en la celda aquella mañana, se encontró con que Rin la aguardaba, paciente, sentado ante el tablero de ónice y madreperla. El hombre se entretenía colocando las piezas de madera en extraños patrones que sólo su mente comprendía. Ya no seguía las reglas. Ni las del juego ni ninguna otra. Las normas carecían de sentido para él. Había superado esa barrera, decía, el día en que volvió a nacer bajo la luna del cambio.

—El general no puede empezar en el castillo, Rin —apuntó la tutora al acercarse—. Eso te haría ganar la partida nada más comenzar.

—Sólo si la voluntad del general le dictase conquistar la fortaleza —argumentó él—. Pero ¿y si lo que desea es huir de ella?

En menos de una estación el joven no sólo había recuperado la fluidez en la lengua de Tiuma, sino también una buena dosis de sus conocimientos de retórica. La mujer sospechaba que se debía a que el prisionero jamás había perdido la facultad de hablar mienés, sino que, sencillamente, se había negado a hacerlo hasta ahora.

Sonrió. A pesar de que Gerrin seguía afirmando ser un gohut, Leara veía en él claros indicios de mejoría. Comía con normalidad, las correas ya no eran necesarias e incluso había accedido a ponerse pantalones en su presencia. Seguirle la corriente y hacerlo creer que iba a ayudarlo a escapar era, sin duda, una terapia poco ortodoxa, pero estaba dando muy buenos frutos. «Cabalgará en la siguiente batida de otoño», se atrevió a soñar la tutora. «Y yo perderé de vista a su hermano».

—Deberíamos informar al Plenipotenciario de que vuelves a hablar —comentó la chica, tomando asiento frente al reo.

—*Kne* —se negó Rin, deslizando una pieza de arce sobre el tablero—. Eso no traería más que problemas. Interrogatorios aún peores que los tuyos.

—No te quejes. Si voy a ser cómplice de tu fuga, es justo que obtenga algo a cambio —repuso la tutora—. Esta investigación sobre los gohut me catapultará al Decanato con apoyo nobiliario o sin él, te lo aseguro.

—Sólo contestaré si pagas la ofrenda —dijo Rin, alzando los ojos del tablero para clavarlos en los de la joven—. Dame lo que hayas traído.

—Un crisantemo y una pluma de halcón —anunció ella, a la par que sacaba los obsequios de una de las anchas mangas de su vestido—. Me tuve que colar en la pajarera en mitad de la noche para conseguirla.

El joven tomó la flor entre las manos y se la llevó a la boca. Se acarició los labios con sus blancos pétalos y aspiró su perfume con los ojos cerrados. Después cogió la pluma y la observó con detenimiento mientras la hacía rotar girando su cálamo entre el índice y el pulgar.

—¿Sólo una? *Karrakt* —maldijo el hombre—. A este paso nunca tendré mis alas.

—¿Para qué las quieres? Ni siquiera a los gohut de pura sangre les sirven de mucho. Las tienen tan atrofiadas que no pueden ni planear.

—No son importantes por su utilidad, sino por lo que representan —protestó Rin—. Y yo necesito sentir las en la espalda.

—Deberías haber negociado mejor. Una muestra de la Tierra que Alimenta y una del Cielo que Arrulla por sesión, ese es el trato —le recordó Leara—. Además, estarás atrapado aquí por lo menos hasta que el primer deshielo abra los pasos de las montañas. Tendrás tiempo de sobra.

—Tierra que Sustenta y Cielo que Arropa —la corrigió él, molesto, y abandonó la pluma de halcón a un lado de la mesa para volver a concentrarse en el tablero. Colocó dos fichas de nogal en unas casillas del círculo exterior. Las hizo descansar sobre uno de sus cinco lados, de modo que asemejaban dos picos de madera alzándose en los límites de una llanura jaquelada—. No insultes a mis dioses.

—No sabía que los tuyos fueran tan religiosos —se interesó la tutora. Desplegó un pergamino, tomó prestada la pluma de halcón y la mojó en el tintero, lista para anotar el testimonio que el prisionero deseara compartir con ella ese día.

—Religiosos, no. Agradecidos —matizó Rin—. ¿Qué quieres saber?

Ella dudó un momento. El reo no era idiota. Sabía muy bien que su única baza para negociar era la información de la que disponía y, por ello, la dosificaba con precisión milimétrica. Leara no había conseguido que contestara más de diez u once cuestiones antes de volver al mutismo en ninguna de las sesiones anteriores. Además, por lo general, cada pregunta respondida formulaba por sí sola una infinidad de incógnitas nuevas. Tenía que escoger con mucho cuidado qué era lo que más le interesaba averiguar, lo cual era complicado, pues cada frase que salía de los labios de Rin era una pincelada más en un óleo que plasmaba una cultura nueva y excitante. ¿Cómo elegir entre una pregunta u otra cuando quería saber todas las respuestas?

—Háblame de los secretos que descubriste mientras vivías entre gohut —le pidió—. ¿Cómo es capaz la horda de recuperarse de las bajas cada invierno? ¿Cómo resiste el frío de la helada en un sitio tan inhóspito?

—*Kne*. Responder a eso acabaría con mi pueblo. Si los humanos supiesen cómo sobrevivir a la inclemente montaña, vuestro ejército nos perseguiría hasta las mismísimas cimas y nos dejaríais sin un lugar seguro al que retirarnos —razonó Rin—. Y no somos una horda; somos un *reuk*, unos pocos clanes con objetivos comunes.

—¿De verdad os dividís en clanes? En batalla parecéis más bien una marea informe de furia y chillidos —comentó la joven, pensando en el desgastado mosaico de los jardines que representaba una batida de otoño.

—Porque los humanos no queréis ver, del mismo modo que no queréis oír. Hasta hace unos días ni siquiera sabías que tenemos nuestra propia lengua —replicó él, despreciando la pregunta con un gesto de mano—. Un Cortapiedra no tiene nada en común con un Nubeoscura. Y no oses confundirme a mí, un orgulloso Noche Ululante, con un rastrero Ojo de Lago, o no saldrás viva de esta celda.

La amenaza la cogió desprevenida. Fue tan ruda, tan sentida, tan arbitraria, que Leara no fue capaz de decidir si el reo estaba bromeando o no.

—Sigo siendo tu único plan de fuga, Rin —le recordó Leara con una risita incómoda.

—Quizá —admitió el joven, devolviéndole la sonrisa—, pero existen muchos tipos de prisión, y la de un espíritu que no defiende sus creencias es la peor de todas. Prefiero pudrirme en una mazmorra como esta, que sólo encierra mi cuerpo, a sufrir en otra que subyugue mi voluntad a la tuya. Vengaré los agravios aunque provengan de tu boca. No creas que estoy en deuda contigo, porque un gohut no le debe nada a nadie.

La mujer trató de apartar la vista, mas no pudo. Su mirada quedó atrapada en la fuerza magnética de Rin, en esas pupilas que generaban un torbellino mezcla de una violencia desgarradora con una seguridad impresionante. Ya no los veía como los ojos de una bestia salvaje, sino como los de alguien dueño de sí mismo.

—Entonces hay rencillas internas en el seno de la horda —continuó la chica mientras fingía

tomar un par de notas. En cuanto se percató de lo que había dicho, rectificó—: Entre los clanes aliados, quiero decir.

—No entre clanes. Entre individuos. Entre voluntades —explicó Rin, recogiendo un puñado de piezas del tablero para escenificar su mensaje. El general de arce y el de nogal agruparon en torno a sí un grupo de fichas menores—. Las más firmes atraen a su alrededor a otras más débiles. Eso son los clanes: gohut reunidos en torno a un líder de voluntad fuerte, como Iet Noche Ululante o Kesh Vientoaustero. No obstante, en ocasiones las voluntades poderosas chocan entre sí. Hay desavenencias. —Guiados por los dedos de Rin, ambos generales se enfrentaron—. Si dos se oponen uno tiene que ceder, o habrá contienda. Un duelo de grandes voluntades es...

—¿Una masacre? —aventuró la tutora.

—Una fiesta —respondió el prisionero—. Es muy emocionante presenciar una lucha en primera línea del círculo. Y mucho más estar dentro. La posibilidad de morir en cualquier momento consigue que la vida brille con más intensidad.

—Solucionar las discusiones con duelos brinda a los guerreros ventajas por encima del resto de gohut —señaló la mujer—. Habéis creado una casta que domina al resto por la fuerza.

—No hay castas. Un refugiador es refugiador porque su voluntad lo insta a hacer tareas de campamento; un guerrero es guerrero porque su voluntad lo insta a pelear. Un gohut puede ser guerrero un día y refugiador al siguiente. Y te aseguro que, en cualquier caso, es bien capaz de esgrimir un cuchillo —repuso Rin—. Lo importante no es la fuerza; lo que cuenta de verdad es la firmeza de la voluntad, las ganas de seguir tu propio camino. La habilidad de combate queda siempre en un segundo plano, pues aunque un gohut diestro en la lucha mate a alguien en contienda, si su voluntad está en contra de muchas otras seguro que deberá enfrentarse a más duelos esa misma noche. Y tarde o temprano se cansará, bajará la guardia y recibirá una puñalada.

—Creía haber entendido que eliminar estas... voluntades es un insulto a vuestros dioses —dijo Leara, revisando apuntes de sesiones anteriores—. ¿Por qué celebráis duelos a muerte, entonces?

—Porque es la mejor forma de solventar una disputa en la que ninguno de los dos bandos está dispuesto a dar su brazo a torcer. Además, las voluntades no se pierden tras la muerte de su recipiente —aclaró él—. Vuelven a la Tierra que Sustenta y al Cielo que Arropa, a menos que un gohut las reclame para sí mediante el ritual de la danza.

—¡Absorbéis las almas de los muertos! —exclamó Leara, escandalizada.

—Absorbemos sus ganas de vivir —reformuló él—. Es un honor que alguien te tenga en tanta estima que permita a tu voluntad seguir existiendo dentro de su cuerpo.

—Es una barbaridad —insistió la chica—. El mismísimo concepto de devorar el espíritu de otro ser es sacrílego.

—Es salvaje y pasional, como la rabia, el frenesí o el amor. Pero no sacrílego —reflexionó Rin—. A tus ojos es pecado porque te han enseñado a temer el *kieth*.

—¿El qué?

—El *kieth* —repitió el gohut, pronunciando con lentitud para que la tutora pudiese transcribir la palabra en el pergamino—. No hay traducción para ello en vuestra lengua. «Libertad» es el término más cercano, supongo, aunque no llega ni a ser su sombra.

—El mienés es un idioma muy rico —replicó la mujer, y mojó otra vez la pluma en el tintero—. Me cuesta creer que no exista una traducción más exacta.

Rin se rio entre dientes y negó con la cabeza, como lo haría un adulto ante la disparatada e inocente ocurrencia de un niño.

—Tal vez tu lengua tenga más palabras que la mía, pero eso no la convierte en la más rica —

dijo—. Hay cosas que un idioma que usa las letras para atrapar conceptos jamás podrá expresar.

—No sé a qué te refieres con «atrapar conceptos» —soltó Leara, casi bufando ante los aires de superioridad del reo—. De eso trata el lenguaje, para eso sirve.

—Los significados están vivos. Fluyen como las aguas de los ríos, se agitan como el oleaje, siguen la lógica de los tiempos y las eras. Tratar de inmovilizarlos, de detener su mutación natural fijándolos en palabras, es artificial y absurdo. Los términos de mi pueblo no encierran una idea, sino que se limitan a expresarla en todas sus vertientes y posibilidades —argumentó Rin—. Tus palabras tienen uno, dos o tres modos de interpretarse, a lo sumo. Las mías tienen diez mil, que dependen tanto del que dice como del que escucha.

Leara se detuvo un momento a considerar las implicaciones de lo que el prisionero trataba de explicarle. ¿Un idioma que insinuaba en vez de contar? ¿Qué clase de sociedad podría articularse con una forma de comunicación tan vaga? «Solo una anarquía», concluyó.

—En resumen, el que habla se limita a decir lo que piensa con la esperanza de que su interlocutor comprenda el mensaje —recapituló la joven—. Eso suena muy ineficiente.

—A la hora de interpretar significados nos fijamos más en el lenguaje corporal que vosotros, los humanos. También en la entonación, en las pausas, en el contexto y, sobre todo, en las acciones del que habla. Aun así, es cierto: la lengua gohut es complicada, pero ¿en qué otro idioma puedes escuchar dos veces la misma retahíla de palabras y oír dos historias diferentes? —apuntó él, poniéndose en cuclillas junto a la mesa para tener otra perspectiva del tablero—. Sólo supone un problema para alguien que trate de dar órdenes o para alguien que cuente con una mente tan rígida que sea incapaz de distinguir entre dos silencios distintos.

—No siempre damos órdenes —discrepó ella—. Ahora mismo, por ejemplo, sólo estoy intercambiando impresiones contigo.

—Oh, sí lo haces —le reveló el preso, sin prestarle mucha atención—. Órdenes veladas, tan secretas que ni sabes que las estás dando. Cada vez que abres la boca buscas, en mayor o menor medida, manipular a otro en tu favor. Los humanos siempre tratáis de imponer a los demás vuestro modo de pensar. No os basta con seguir vuestro propio camino, tenéis que guiar también el del resto.

—Eso no es verdad —espetó la tutora, con más rudeza de la que pretendía—. Cada cual es libre de hollar su propia senda.

—Claro que sí —dijo Rin, con una carcajada sarcástica—. Pero acata la ley y respeta la voz de la capilla. Sigue los mandatos de los nobles. Sirve a Tiuma antes que a ti mismo. Controla tus deseos y tu ambición. Trata al prójimo como a un hermano, aunque este te desprecie. Cumple con el protocolo. Sé puntual, mide tus palabras, contenta a todo el mundo. Aséate, sonríe, sé amable. Viste bien, compórtate, ten buen aspecto. Cásate y cría a tus hijos para que sigan tu ejemplo. Ama sólo a una mujer. Satisfaz las expectativas de la familia. De los vecinos. ¡De la puta ciudad entera! —terminó, alzando los brazos en un aspaviento. Después, volvió a dejarlos caer y miró a la mujer a la cara—. No sois libres, Leara. Sois esclavos los unos de los otros.

Ante tal afirmación, las lecciones que las hermanas devotas le habían impartido tantos años atrás reflorecieron en la mente de la joven. Saltaron como un resorte automático para levantar una muralla en su cabeza. Eran el último bastión contra los argumentos que echaban por tierra las justificaciones de sus preceptos divinos. La última defensa ante la blasfemia de un mundo sin control, entregado a las llamas de la guerra y anegado en el dolor de los inocentes.

—La alternativa es el caos —razonó la tutora—. Las normas son el precio a pagar por el orden y la seguridad.

—Negar todas las inquietudes que alberga tu voluntad es un precio demasiado alto por un poco de seguridad —repuso él, incorporándose—. Si no entiendes eso, tutora, te estás condenando a la infelicidad más absoluta. Por mucho cobijo que te brinde la norma, no merece la pena vivir arrodillado bajo su yugo.

—Lo dices como si encadenásemos a los niños nada más nacer —soltó ella, molesta.

—Lo hacéis —le aseguró Rin—. De eso tratan vuestros bautizos. «Gerrin» por el abuelo, «Aval» por el tío, «Novon» por la familia en que el azar te hizo aparecer. Ponéis nombre a vuestros hijos como se le pondría una correa a un perro, esperando que eso los incite a repetir el patrón de quienes se llamaron así antes que ellos. Asignáis roles.

—Sin embargo, tú te me presentaste como Rin, gohut del clan de la Noche Ululante. Ese nombre señala quién eres, a dónde perteneces e incluso el líder al que sigues —atacó la joven—. Sin duda, con eso también limitas tus opciones.

Los dedos de Rin acariciaron, distraídos, los pétalos blancos del crisantemo. La expresión de su cara indicaba que su cabeza estaba en otro lugar.

—Yo mismo elegí mi nombre y mi clan, y escogí seguir la voluntad de quien más respetaba —confesó—. Nadie me los impuso y podría cambiarlos por otros si quisiera.

—Esas marcas de tortura sugieren lo contrario —dijo Leara, señalando con la pluma las quemaduras del torso de Gerrin.

—Son cicatrices rituales. Lloré de orgullo al recibirlas —protestó el reo—. Iet Noche Ululante en persona selló a fuego los seis pezones de mi alma gohut, pues de ellos no debe manar duda alguna. Me preparó para la batalla, para que recordara por qué lucho.

—¡Te abrasaron con hierro al rojo! —exclamó la tutora—. ¿Qué puedes esperar de una sociedad que mutila a sus propios soldados? Es un pueblo sádico.

—Es un pueblo estoico —contestó él—. Te producen dolor para enseñarte a soportarlo.

—Quizá os iría mejor si os enseñaran a evitarlo en lugar de a sufrirlo —sugirió la mujer.

—El dolor es la parte de la vida que complementa al gozo. Es la mitad de una rueda que gira —dijo Rin, encogiéndose de hombros—. No puedes esquivarlo siempre.

Antes de responder, Leara apuntó en su pergamino la extraña concepción que los gohut parecían albergar sobre el dolor y el gozo. Según el reo, ambos estaban ligados el uno al otro y, unidos, formaban un todo completo. Como la noche y el día, la vida y la muerte o la tierra y el cielo.

—Podéis evitar el dolor que producís vosotros —continuó la tutora tras terminar de hacer las anotaciones oportunas—. ¿Por qué quemáis nuestras cosechas y atacáis nuestros poblados? Si no lo hicierais podríamos vivir en paz.

—La destrucción está en nuestra naturaleza —respondió Rin—. Es la esencia del cambio. Para erigir algo nuevo hay que derribar antes lo antiguo. De otro modo, el flujo de voluntades se estancaría y el mundo acabaría siendo una prisión tan estática como las ciudades humanas.

—Disfrutáis asolando los campos y las aldeas —presionó ella—. Admítelo.

—Podría contestarte que sólo defendemos nuestras fronteras. Que luchamos por un espacio en el que poder vivir. Que un gohut jamás mataría al último ser humano, porque entiende que son especies antagónicas que deben coexistir para controlarse la una a la otra. Pero no es eso lo que quieres oír, ¿verdad? —Rin soltó una terrible carcajada—. Es cierto. Me declaro culpable de deleitarme en la batalla y en el saqueo. Hago cuanto me place y eso me hace feliz. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Leara lo intentó, mas fue incapaz de aguantarle la mirada ni cinco míseros latidos. Se sentía más segura con la vista clavada en el pergamino, aunque era consciente de que se trataba de un

escondite tan infantil como el del niño que se tapa los ojos para que no lo encuentren.

—Me lo imaginaba —concluyó el reo—. Y no te engañes, los humanos trataríais de erradicarnos aun si existiese la paz entre nuestros pueblos, porque teméis lo que representamos. Os aferráis a lo conocido y os negáis a aceptar el más mínimo cambio en vuestras vidas por miedo a vosotros mismos. Sois demasiado cobardes para soltar las riendas y dejaros llevar por el devenir de los acontecimientos. No estáis preparados para comprender la cultura gohut.

—Crees que los gohut son superiores a los hombres —dijo Leara. No era una pregunta.

—No lo creo, lo sé.

—Pero nosotros dominamos el mundo —trató de hacerle entender la chica. Comenzó a enumerar, alzando los dedos—: Somos sedentarios. Cultivamos la tierra. Domesticamos animales. Construimos ciudades. Os llevamos cada año al borde de la extinción.

—¿Y eso os hace más avanzados que nosotros? *Kne*. Ni siquiera sois mejores guerreros. Lo único que poseéis es la aplastante capacidad de autoconvenceros de que todo cuanto veis es vuestro y que debéis arrebatárselo al resto de especies. Nada más —dijo él, tirando al suelo las fichas del tablero de un manotazo—. Vuestra arrogancia os impide admitir que no entendéis cuál es vuestra posición en el nudo del *kieth*. Por eso, en lugar de adaptaros a vuestro entorno, tratáis de domarlo. Muros, presas, calzadas, techos... no son más que escudos tras los que os escondéis a temblar. Y esto es lo último que voy a contestar hoy, tutora.

Leara sabía que eso marcaba el final de la sesión. Debería sentirse satisfecha, pues había sido la charla más larga que había logrado hasta el momento. Saldría de la celda con un pergamino lleno de revelaciones sobre los gohut y siendo ya a estas alturas, con toda probabilidad, la mayor experta de Tiuma en sus conocimientos prohibidos. Sin embargo, como siempre, la tutora abandonaba la mazmorra con la sensación de saber aún menos que el día anterior. La nueva perspectiva sobre la sociedad humana le resultaba tan insultante como seductora. ¿Por qué se sentía tan atraída por esos salvajes?

Tuvo que volverse antes de cruzar la puerta.

—¿Qué te hicieron los gohut en la cabeza, Rin? ¿Cómo pudo el heredero de uno de los mayores legados de Tiuma pasarse al bando del enemigo de la humanidad?

—Sácame de esta celda y te lo contaré todo —ofreció el reo con una sonrisa—. Te explicaré cómo me quitaron los prejuicios que me lastraban; cómo me hicieron libre de verdad. Una historia tan buena no puede narrarse sin sentir la hierba bajo los pies y contemplar el paso de las nubes sobre tu cabeza.

—Aún es pronto. El deshielo todavía...

—Un día en los jardines. Sólo te pido eso. Convencer al Plenipotenciario no será tan difícil —la tentó Rin—. Vamos, Leara. El mejor relato que hayas oído en la vida a cambio de un trocito de cielo.

A lo largo del ala este de la mansión, los tapices con el blasón de los Novon se alternaban con retratos al óleo de los cabeza de familia de las últimas doce generaciones y estatuas de mármol que representaban ninfas semidesnudas. Esa fue toda la compañía que Leara halló en los desérticos pasillos de las proximidades del despacho del Plenipotenciario. Novon gustaba de trabajar en el más absoluto silencio, por lo que, desde la primera hora de la tarde y hasta la puesta del sol, los sirvientes evitaban los corredores cercanos a sus dependencias. Sólo Dagus, su chambelán personal, permanecía en alguna de las salas adyacentes a la que ocupara su señor para asegurarse de oír el tintineo de la campana si este requería de sus servicios.

La joven se detuvo ante el portón de doble hoja que daba al despacho del noble. Respiró hondo.

Notaba una insufrible presión en el pecho cada vez que tenía que hablar con Novon cara a cara. Era como estar desnuda frente a un gigante. Su sola presencia bastaba para hacerla sentir tan insignificante como una mota de polvo en su camino. Sí así lo deseara, al Plenipotenciario le bastaría un soplando para enviarla volando a la otra punta del mundo. Y era probable que quisiera, pues en aquella ocasión Leara no iba a informarlo sobre los avances de su hijo, sino a pedirle que le permitiera salir al jardín, donde su demencia quedaría a la vista de sirvientes chismosos y demás curiosos de lengua suelta. La noticia saltaría de boca en boca, más rauda que el viento del invierno, y la decadencia del linaje Novon se haría patente.

Plantearle algo así al Plenipotenciario despertaría su ira, sin duda alguna. Pero Leara tenía que intentarlo. «Por el bien de Gerrin», se dijo a sí misma. «El calor del sol y el aire fresco lo harán recobrar la cordura». Mas, en el fondo de su alma, la tutora supo que se estaba contando una mentira. No lo hacía por el reo, sino por ella. Necesitaba conocer la historia de su cautiverio. Tenía que saber cómo y por qué Gerrin se había transformado en Rin.

Alzó los nudillos y se dispuso a llamar a la puerta cuando un grito que provenía del otro lado la paralizó.

—¿Qué significa esto? —exigió saber la voz de Errold.

—Sabes muy bien lo que significa —le respondió, firme aunque más tranquila, la del Plenipotenciario.

—¡No! —rugió la voz del joven, y Leara oyó cómo subrayaba su negativa con un golpe, tal vez con los puños sobre una mesa—. Me niego. Ni hablar, ¿me oyes? Ni hablar.

—Eres un Novon y, como tal, cumplirás con tus obligaciones para con la familia —le recordó su padre, en un tono inamovible como los cimientos de la montaña—. La estabilidad lo requiere.

—Esto es absurdo e innecesario. Llevo cuatro años cargando con la responsabilidad de ser el heredero de esta Gran Casa y ambos sabemos que no estoy hecho para esto —estalló la voz de Errold de nuevo—. Gerrin ha vuelto y, si se recupera, el resto de nobles no se atreverá a atacarnos.

—Tú mismo lo has dicho: *si se recupera* —recalcó Novon—. Tenemos que prever todas las posibilidades y actuar en consecuencia. Debemos mantener el poder, Errold.

—Padre, por favor, tiene que haber otra manera —soltó el joven, pasando de la ira a la súplica—. Yo mismo retaré en persona a cualquiera que se nos oponga. Te juro por mi buen nombre que no me detendré hasta que haya eliminado todas las amenazas, aunque tenga que jugarme la vida en mil duelos.

—¿Por tu buen nombre? ¿Qué buen nombre? ¿El de un alborotador, un mimado indisciplinado adicto al alcohol, a los bailes y a las mujeres? —espetó el Plenipotenciario. Se le había acabado la paciencia—. Te crié con demasiada indulgencia, te consentí demasiados caprichos, te permití demasiadas libertades durante tu adolescencia. Te di manga ancha porque no estabas destinado a heredar la carga de los Novon, porque no tenía que hacer un líder de ti. Y por esa falta de previsión, por ese error de juicio, cuando tu hermano desapareció fuiste incapaz de llenar su vacío. No volveré a tropezar con la misma piedra. No voy a permitirte eludir tus responsabilidades, con independencia de que vayas o no a gobernar esta familia en el futuro.

—¿Qué más quieres de mí, padre? —volvió Errold a la carga, repleto de furia—. ¡Ya te he jurado que aseguraré el poder de la familia a punta de espada!

—Y dime, hijo, aunque salieses victorioso de un millar de luchas a muerte, ¿qué mensaje enviarás con eso? ¿Que mantenemos nuestra posición por la fuerza, como hacen los dictadores? —replicó el Plenipotenciario—. No, el enlace es la única opción. No hay otra manera.

—¡Pero es una Bilem! —protestó el joven.

—Lo cual convierte el matrimonio en una unión el doble de provechosa —argumentó su padre—. No sólo ganamos una Gran Casa aliada a nuestra causa, sino que se la arrebatamos a nuestros enemigos.

—No mezclaré mi sangre con la de una asquerosa progresista —advirtió Errold.

—¡Basta! —bramó el Plenipotenciario. El chirrido de las patas de la silla contra el suelo indicó a Leara que el noble se había puesto en pie para enfrentarse a su hijo—. Harás lo que te ordena tu cabeza de familia. Y ahora retírate.

Los furibundos pasos de Errold fueron más rápidos que la reacción de Leara. Absorta en la discusión de los nobles, no se había percatado de que su oreja izquierda estaba pegada a la puerta. Casi se desplomó hacia delante cuando el aristócrata la abrió de pronto.

La mujer tartamudeó algo a caballo entre una excusa y una disculpa, mas Errold ni la miró. La apartó de su camino con un golpe de hombro y siguió andando por el pasillo. Al llegar a la altura de la última estatua, rugió de frustración y le propinó un empujón con tal fuerza que la hizo tambalearse y caer. La ninfa perdió la cabeza y un brazo por el impacto. Errold no se dignó siquiera a contemplar su obra. Se perdió por una de las esquinas del corredor sin dejar de blasfemar. Leara se estremeció. ¿Cómo pudo alguna vez confundir a ese lobo con un bufón?

—¿Tutora? —Novon la despertó de su trance—. ¿Quería algo?

—Pu-puedo volver más tarde, Plenipotenciario —balbuceó ella.

—Está aquí ahora —señaló el noble, dejándose caer de nuevo sobre su silla e invitando con un gesto a Leara a que ocupara la que estaba frente a su escritorio—. ¿Para qué volver luego?

—No pretendía interrumpir —murmuró la joven mientras tomaba asiento.

—No lo ha hecho. La conversación que mantenía con mi hijo se ha acabado en el momento en que ha dejado claro que no tiene intención alguna de sacrificarse por el apellido de su familia —dijo el Plenipotenciario. Al ver que Leara miraba de un lado a otro, nerviosa y sin saber qué contestar, añadió—: No trate de fingir que no ha estado escuchando, por favor. Es un insulto a mi inteligencia.

—La tradición parece muy importante para Errold —comentó ella, y bajó la vista al recordar el cruel juego al que la sometió el joven aristócrata hacía tan sólo unas semanas—. Se la toma muy a pecho.

—¿La tradición? —Novon resopló, cáustico—. Eso no le afecta en lo más mínimo. Lo único que le preocupa es seguir con su relajado estilo de vida, basado en mujeres, licor y más mujeres. Disfruta de la fortuna de nuestra Gran Casa y de los privilegios de la nobleza, pero rehúye los deberes que son su contrapartida. —Tomó con rabia el pergamino que había sobre la mesa y lo blandió como una batuta de mando—. Este maldito pacto de matrimonio le aseguraría a los Novon el apoyo de los Bilem en el Cónclave durante una generación entera y el muy necio lo rechaza. Espero que haya venido a decirme que Gerrin hace progresos, tutora, porque mi hijo menor es un caso perdido.

—Lo cierto es que venía a hacerle una petición al respecto, mi señor —dijo la tutora, armándose de valor—. Gerrin está mejorando, pero creo que el tratamiento que le brindo ha alcanzado el límite de lo que se puede hacer en una mazmorra. Si queremos seguir avanzando, lo ideal sería que le permitiera salir al exterior. Algo tan inocente como pasear por los jardines o participar en un juego de caza por vuestras tierras puede obrar milagros en él, os lo aseguro.

El aristócrata arrojó el pergamino sobre el escritorio y se recostó contra el respaldo de su silla, emitiendo un gruñido. Los dedos de su mano derecha buscaron su barba y se hundieron en ella a la

par que sus pobladas cejas se retorcián, tratando de tocarse la una a la otra.

—¿Es consciente de que me está pidiendo que exponga mi punto débil frente a mis enemigos?
—inquirió al cabo de unos latidos.

—Soy consciente de que ama usted a su hijo y por ello desea lo mejor para él, Plenipotenciario
—insistió la tutora.

Hubo otra pausa, durante la cual Leara creyó que la presión que sentía sobre los hombros la aplastaría de un momento a otro. Acababa de confesarle a Novon que el tratamiento en la celda ya no daba más de sí, de modo que él la despediría y ella jamás llegaría a decana. «Y nunca conoceré la historia de Rin».

Los ojos del Plenipotenciario bailaron, yendo del pergamino que contenía la propuesta de matrimonio de los Bílem a la puerta por la que había desaparecido Errold, renegando y blasfemando contra todos los dioses.

—Maldita sea —suspiró el hombre—. Debo de estar volviéndome loco.

Las cadenas tintinearón al ritmo de los pies descalzos del prisionero. Con una argolla en cada tobillo, una en cada muñeca y otra en el cuello, a Leara se le antojaba uno de aquellos esclavos de las galeras que antaño se vendían al peso en las ciudades costeras. Salvo por el pequeño detalle de que Rin lucía una expresión más radiante que el Sol.

El reo y la tutora caminaban a solas por el jardín, ya que a pesar de que los hombres de la guardia personal del Plenipotenciario se habían dispuesto en círculo, rodeando todo el perímetro y sirviéndoles al mismo tiempo de escoltas y carceleros, guardaban una distancia prudencial para ofrecerles intimidación. Leara supuso que, más que para evitar que el preso escapara, Novon los había desplegado con el fin de impedir que los curiosos viesen el estado en que se encontraba su primogénito. Lo cual no podía ser más conveniente, pues desde tan lejos nadie escucharía a Rin hablar en mienés.

Al alcanzar un pequeño claro que a ojos de Leara no tenía nada de especial, el prisionero se detuvo, cerró los párpados e inspiró con fuerza. Rio al exhalar.

—*Aast* —canturreó, animado—. Este es un buen sitio.

—¿Para contar una buena historia? —inquirió la tutora, cómplice.

—Eso vendrá después —repuso él, alzando los brazos—. Antes hay que danzar con el mundo.

Y bailó. Comenzó a dar vueltas soltando carcajadas. Leara estuvo a punto de llamarle la atención, temiendo que los guardias diesen la voz de alarma al ver actuar al reo de forma extraña. No obstante, había algo en esa danza que la impelió a contenerse. Algo mágico, primario, prohibido; inaprensible para la mente consciente pero obvio en el lugar del que surgen los impulsos y el instinto. Tan primitivo que no podía razonarse y, sin embargo, tan evidente como la luna llena en una noche despejada. La combinación de los febriles movimientos, los gritos, las risotadas y el semblante lleno de gozo de Rin llevaron a la tutora de la conmoción a la admiración. A pesar de estar cargado de cadenas, sus dedos se perdían en el azul del cielo. A pesar de sufrir bajo unos grilletes, sus pies se hundían en el frescor de la hierba.

Fue en ese momento, en ese preciso instante, cuando Leara vio a Rin como en realidad era: un ser libre, un pájaro que volaba muy por encima de las limitaciones humanas, un espíritu indomable. Surcaba un inmenso mar de nubes hacia un horizonte que ella jamás podría alcanzar.

Tan pronto Rin empezó a narrar su historia, Leara ya se había percatado de que su corazón palpitaba de forma distinta. Su pulso era más fuerte, resonaba más profundo, le insuflaba más vigor. Lo que todavía no sospechaba era que, para cuando el relato terminase, sus latidos pertenecerían por entero a ese halcón que bailaba entre crisantemos.

Cinco

Por aquel entonces era la voluntad de Gerrin, y no la mía, la que habitaba este cuerpo. Él todavía no había descubierto ni el *kieth* ni lo que la verdadera libertad significaba, así que yo aún no había nacido. A pesar de ello, las vivencias de ese humano pomposo y estirado permanecen en esta mente que una vez fue suya.

Recuerdo que el comandante Wanfred estaba desesperado. El pelotón de Gerrin se había pasado la mayor parte de la semana buscando rastros gohut en las llanuras, y no había tenido más de tres o cuatro pequeños encuentros con *arkej*, grupos reducidos que los gohut usamos para explorar el terreno. Si seguían a ese ritmo, la batida de otoño iba a terminar con menos de cien cabezas gohut colgando de sus cinturones. Era una vergüenza, una mancha en el historial del comandante que tenía el potencial de hundir su brillante carrera, por lo que decidió arriesgarse. En contra de los deseos del Cónclave de Tiuma, ordenó dejar atrás las llanuras y dirigió en persona una marcha hacia los valles de más allá del paso de las montañas, en los dominios de Izola. Muy peligroso. Si los izoleños se hubieran dado cuenta de que semejante fuerza atravesaba sus fronteras podría haber estallado una guerra. Me imagino que el necio de Wanfred se arriesgó a ello porque albergaba la esperanza de toparse en los valles con un *reuk* de diez millares de gohut, todos calladitos, de rodillas y suplicando ser decapitados.

No fue así; los valles estaban vacíos.

Y ese no era el único problema de Wanfred. Por si la ausencia de presas que cazar no fuera motivo de preocupación suficiente, la moral de la compañía estaba muy baja, y un grupo descontento resulta más difícil de controlar cada día que pasa. Con tal de evitar un motín que lo apartase del mando tras el fracaso de no hallar un premio más allá de las montañas, al comandante se le ocurrió la genial idea de cambiar el esquema clásico de pelotones formados por soldados banderizos de la misma Gran Casa para convertirlos en pelotones mixtos que contaran con hombres fieles a distintas familias nobles. Esa decisión generó un sinfín de *errtat* en el seno de la compañía. Ya sabes cómo son esos humanos aristócratas con sus jerarquías, sus intrigas palaciegas y todo ese *karrakt* de pelearse por ver quién mea más lejos. Justo lo que Wanfred esperaba: si los soldados se enfrentaban entre ellos, no se unirían para derrocarlo. Lo cual, por supuesto, no tardó en revelarse como otro error descomunal.

Había un pelotón demasiado problemático, uno que terminaba siendo el epicentro de todas las refriegas. Estaba compuesto por miembros de las Antiguas Familias: Tiaro Doriene, Sulen Mede, Artan Bilem, Imeld Fadenial y el propio Gerrin Novon. Eran sólo cinco nobles, cinco, pero su autoridad era tal que con cada discusión hacían tambalearse a toda la compañía. La tropa vertía sangre cada vez que ellos reñían. El comandante, desbordado por la situación, se cubrió las espaldas enviándolos lejos, a retaguardia, quizá pensando que cuanto más distancia hubiese entre ellos y el grueso de la batida menos influirían en los soldados con sus disputas.

Así pasaron las semanas. Wanfred alargó la cacería cuanto pudo. Al final, hastiado de las constantes riñas de sus hombres y ya con el invierno encima, no le quedó más opción que darse por vencido. El comandante se resignó a regresar a Tiuma con las manos vacías y ordenó una retirada en columnas de a dos. A pesar de que esa formación era frágil, también era rápida, y no se esperaba encontrar resistencia.

La emboscada cayó sobre la batida cuando esta cruzaba el paso de las montañas de vuelta hacia las llanuras. Cogió a los soldados con la guardia baja, las filas sobrestendidas, los flancos al

descubierto y los ánimos por los suelos. El *reuk* partió la compañía en dos acometiendo por sus débiles costados. Una gloriosa victoria gohut desde el primer momento. Wanfred huyó con la vanguardia mientras la retaguardia era aniquilada.

El *kieth* del mundo fluyó de tal forma que los últimos humanos en caer fueron los miembros del pelotón que cerraba la marcha, el grupo de Gerrin. Aunque era el más alejado de la lucha, las bajas de la compañía se sucedieron rápido a lo largo del estrecho paso y la batalla pronto llegó hasta él en la rabiosa forma de treinta gohut del clan de Ojo de Lago.

Los gohut los rodearon, formando a su alrededor un torbellino de risas y gritos. Eran violencia y aniquilación, puro *ptaen* ebrio de muerte. Cerraron el círculo en torno al grupo humano, batiendo con saña sus alas negras y abriéndose cortes rituales en su rojiza piel con tal de que sus voluntades descontroladas se templasen con el frío viento del fin del otoño.

Y ocurrió el milagro. Por vez primera, un Mede le dio la espalda a un Doriene; un Doriene se arrojó a un Fadenial; un Fadenial desenvainó para defender a un Bílem; y un Bílem buscó consuelo en los ojos de un Novon. Progresistas y conservadores unidos contra la adversidad. ¿No es maravilloso que un enemigo común consiga en un instante más que un siglo de tratados de paz?

Mas la tregua duró poco y sirvió de menos. El *usheth* de los Fadenial se empeñó en pelear a pesar de no tener ninguna posibilidad de victoria. Se abalanzó sobre los gohut blandiendo su espada a diestro y siniestro y chillando los nombres de sus antepasados. No fue su mejor idea, aunque admiro sus agallas.

Verás, los humanos tenéis la errónea sensación de que sois más poderosos que un gohut. Desconozco si esa creencia proviene del hecho de que sois más altos, de que vuestra cobardía os obliga a enfundaros en una armadura o de que os cobráis muchas de nuestras cabezas en vuestras batidas, pero estáis equivocados. Las únicas razones por las que matáis a tantos de los nuestros año tras año son que atacáis organizados y en masa, que sois diez o doce veces más numerosos que nosotros y que cazáis sin miramiento alguno y por la espalda incluso a las crías que huyen del campo de batalla. En un uno contra uno, las fuerzas de un soldado humano y las de un guerrero gohut van a la par. Y eso no era un uno contra uno.

El joven Fadenial acometió como loco, cegado por la furia. Su espada silbó al cortar el aire mientras los gohut se apartaban de su trayectoria con un aleteo. Sus compañeros de pelotón no atinaron a moverse del sitio, aunque en su favor cabe decir que sí contemplaron boquiabiertos la heroica gesta del soldado. Un instante más tarde su filo caía al suelo, derrotado. La mano derecha del hombre, cercenada a la altura de la muñeca, todavía sujetaba la empuñadura.

Los alaridos que el humano profirió mientras trataba de detener la hemorragia del muñón con su mano izquierda convencieron al resto para deponer las armas. Se arrodillaron en medio del círculo y arrojaron lejos sus espadas como gesto de rendición. Todavía no conocían a Kurú Ojo de Lago; no sabían que no hace prisioneros. Tiaro Doriene lo descubrió cuando la hoja de un puñal de sílex le rebanó la yugular; los demás, cuando la sangre del progresista salpicó sus corazas ornamentadas.

Los orgullosos nobles de las Antiguas Familias de Tiuma vaciaron sus intestinos allí mismo, en sus armaduras. ¡Oh, deberías haber visto sus caras! Sus expresiones eran un poema, una oda al miedo visceral, un cántico al terror a la muerte. Resulta que los gloriosos héroes humanos sólo muestran valentía si cuentan con una ventaja aplastante sobre sus adversarios.

La carcajada que lanzó Kurú Ojo de Lago al ver la desesperación que se adueñaba de las almas de los hombres resonó hasta las cimas de las montañas. Supongo que, como a cualquier gohut, le encantaba la idea de tener a sus enemigos temblando a sus pies. Sin dejar de reír, se colocó tras

Artan Bílem, tiró de su cabellera para exponer el cuello y alzó de nuevo su negra hoja. Escuché al joven suplicar a vuestra diosa de la protección primero y llorar el nombre de su madre después. Ninguna de las dos respondió.

Fue Iet Noche Ululante quien detuvo el puñal. Apareció de la nada, saltó sobre Kurú y lo desarmó crispando los dedos en torno a su brazo.

Hubo una discusión, unos cuantos gritos y un par de escupitajos, pero no se llegó a la contienda. La voluntad de Iet se mantuvo lo bastante firme como para que el único ojo que le quedaba a Kurú apartase la vista. Él y los suyos se retiraron.

El pelotón de Gerrin fue capturado y llevado al campamento nómada del *reuk*, en la cima de las montañas. Al contrario de lo que esperaban, ni los ataron con cadenas ni los amordazaron. No había necesidad, pues las nieves llegaron al día siguiente a la derrota e hicieron impracticable el estrecho paso de vuelta a Tiuma. Los gohut se limitaron a despojarlos de sus armas y los dejaron vagar con relativa libertad entre sus tiendas de piel.

No diré que el *reuk* trató bien a los humanos, pues la hospitalidad nunca ha sido nuestro punto fuerte. No obstante, bajo la protección de Iet Noche Ululante, se les permitió vivir, se les permitió comer y se les permitió defenderse si un gohut intentaba atacarlos. Aunque, como comprenderás, los hombres no estaban agradecidos.

Con el paso de los días, uno a uno, los humanos fueron cayendo. El primero en morir fue Imeld Fadenial, a causa de la enfermedad que se propagó a través del muñón de su brazo. Artan Bílem no tardó en seguirlo, víctima de una hipotermia mientras trataba de escapar. Los reflejos de Sulen Mede no fueron lo bastante rápidos para detener el puñal de Diev de los Ojo de Lago cuando el gohut se empeñó en medir fuerzas con el soldado.

Gerrin se quedó solo. Sin embargo, contra todo pronóstico, resistió, y no sería justo decir que se debió del todo al azar. El chico, tengo que reconocerlo, era avisado, y su voluntad, más firme de lo que él mismo esperaba. Tras la caída de su último compañero, comprendió que no sobreviviría a menos que dejara a un lado sus prejuicios y se adaptara a su nuevo entorno. Debía abandonarse al cambio.

Como sabía que la naturaleza de las cosas sólo puede captarse si se aprende desde sus cimientos, Gerrin pasó las primeras semanas siguiendo a las crías gohut. Las acechó desde la distancia, sol tras sol, hasta que entendió la base de sus juegos y, cuando dominó sus etéreas directrices, participó en ellos como un infante más. El contacto le sirvió para establecer un vínculo con la camada y redescubrir el mundo a través de ellos. Aprendió a chapurrear el idioma gohut, a comunicarse con el resto del *reuk* y a posicionarse en una sociedad que rechaza los roles de dominación. Mas, para su propia sorpresa, la mayor lección que las crías le dieron al hombre fue el saber hallar gozo en los pequeños placeres de la vida.

Después, convencido de que ser útil lo haría sentirse menos prisionero, Gerrin pasó el tiempo junto a los refugiadores y aprendió de ellos las labores que mantenían en pie el campamento. Lo enseñaron a montar una tienda que lo protegiera del viento sólo con unas pieles y unos palos; a encender una fogata que le brindara calor entre la fría nieve; a diferenciar entre los hongos comestibles, los venenosos y los alucinógenos; a calcular la época del año a partir de la floración de las plantas; a preparar un caldo que le llenara el estómago a base de musgo, líquenes y huesos. Antes de darse cuenta, Gerrin era tan diestro en los menesteres de la supervivencia como el gohut más experimentado.

Una vez dominado el arte de mantenerse vivo, Gerrin decidió instruirse en el arte de dar la muerte. Espió a los guerreros. Fue testigo de la gloriosa locura de las contiendas en el círculo, de

los cánticos en honor a los caídos, del intercambio de plumas del solsticio de invierno y del orgullo de recibir cicatrices rituales. Y, no conforme con eso, los persiguió durante sus peligrosas expediciones de caza por las traicioneras laderas de las montañas. Por supuesto, ellos sabían que el hombre les pisaba los talones. Aun así, se mantuvieron fieles al principio de que cada cual sigue los deseos que su voluntad dicta en el *kieth* y, a pesar de que no le prestaron ayuda, tampoco trataron de ahuyentarlo.

El humano no se rindió ante las dificultades del viaje ni se arrodilló ante las inclemencias del tiempo. Soportó tormentas al raso sin plumas que le abrigaran la espalda ni alas que lo parapetaran de los rugientes envites del viento. Trasnóchó en agujeros cavados en la nieve virgen por sus propias manos. Escaló laderas con capas de hielo más gruesas que la roca sobre la que se asentaban. Valió la pena sólo por ver cómo Urek de los Cortapiedra le silbaba a la Tierra que Sustenta mientras afilaba su cuchillo de sílex, cómo Thuut el Descastado desafiaba a la gravedad saltando sobre sus presas desde el desfiladero o cómo Pugh de los Nubeoscuro bailaba celebrando su júbilo cada vez que arreciaba la ventisca. Aunque lo que más le gustaba a Gerrin, sin duda alguna, era acercarse por las noches al círculo que los guerreros formaban alrededor de su hoguera y escuchar a Iet Noche Ululante narrar a sus compañeros los cuentos que leía en las estrellas. Eran mil veces más bellos que las novelas humanas más hermosas.

Cuando Gerrin oyó la historia del perro que intentaba beberse los rayos del ocaso, supo que jamás escucharía nada igual. El chico no alcanzaba a comprenderlo. ¿Cuántas maravillas caben en un relato? ¿Cuánta delicadeza puede albergar un alma guerrera, una fiera capaz de matar a mordiscos? ¿Cómo puede entender tan bien el mundo un ser que vive por y para la destrucción?

No formuló las preguntas en voz alta. Sin embargo, Iet las intuyó en su rostro.

«*Eirrn klath nuc am nuc kne karam pehgash*», le dijo. «*Kull thamann kieth gon Aast parik pehgiish. Touk apakk kne ogon, ogortn pehgnolep am suul svinn kith.*»

En una traducción aproximada al mienés, el hombre interpretó que Iet había dicho algo como: «Hay que aceptar lo que se es y lo que no se es. Debes saber que tu papel en el mundo es sólo el que tú escribas. Tienes que ser consciente de que no le debes nada a nadie y, aun así, estar agradecido por tu existencia».

Esas palabras mataron a Gerrin. Hicieron que su voluntad se le escapara en un suspiro y se disipara en la inmensidad del Cielo que Arropa. Y en el vacío que quedó en este cuerpo empezó a gestarse el nacimiento de un nuevo espíritu, uno que se había deshecho de todo lo superfluo. Gerrin dio paso a Rin.

Entonces, el círculo de guerreros se abrió, invitándome a entrar en él. Me senté junto a Iet Noche Ululante y me cobijé del frío bajo su ala. Cuando acabó el invierno y el deshielo despejó el paso de las montañas, decidí que las negras plumas de Iet eran mejor techo que los de cualquier mansión de Tiuma.

Una pequeña parte del *reuk* me aceptaba por las aptitudes que había demostrado a lo largo de los meses, pero la gran mayoría sólo me toleraba por respeto a Noche Ululante. Era lógico. Aunque yo ya era Rin, aunque había renunciado a mi herencia humana, todavía distaba de ser un gohut completo. Era algo a medio hacer. Me quedaba mucho por aprender y, sobre todo, mucho por olvidar. Ningún gohut más allá de mis más allegados confiaría en mí hasta que obtuviera mis alas y bailara bajo la luna del cambio. Debía ganarme cada pluma para demostrar que ya no era un hombre. Y Kurú Ojo de Lago parecía dispuesto a impedírmelo a cualquier precio.

Era una cuestión de principios. Verás, los Ojo de Lago se jactan de no dejar escapar jamás una presa y, durante la batalla del paso de la montaña, Gerrin había sobrevivido a su ataque. Si yo

lograba bailar la danza del gohut, si reclamaba para mí un alma, significaría que Gerrin se habría esfumado para siempre y Kurú debería soportar la vergüenza de compartir el pan con el cuerpo de alguien que escapó a su temible caza. Para él, mi éxito suponía un insulto.

En primavera, en parte por probar mi valía en combate y en parte por ganarme las plumas lejos de las trabas que me ponían los Ojo de Lago, decidí unirme a un grupo de guerreros de los Vientoaustero. Iet selló a fuego los seis pezones de mi espíritu, me preparó para la batalla y me despidió cuando bajé a los valles sin más posesión que un puñal de sílex en la mano derecha y un sentimiento de euforia ardiendo en el pecho. Fue glorioso. Nos pasamos semanas arrasando poblados y saqueando las tierras de Izola. Y no hubo un solo sol en que al menos uno de mis compañeros no me regalara un puñado de sus plumas como reconocimiento a mi valor y osadía.

A medida que me las entregaban, me las pegaba a la espalda con un mejunje hecho a base de resina de pino. Para cuando la batida de otoño nos obligó a retirarnos de nuevo a las montañas, si extendía los brazos, no se me veía una pulgada de piel desde un codo al otro.

Tal como sospechaba, a Kurú no le sentó nada bien tenerme de vuelta en el *reuk*, y menos aún ver mis nuevas alas. Aunque lo que más lo enfureció, con diferencia, fue que reuniese a los líderes de los clanes para anunciarles que bailarían la danza del gohut bajo la luna del cambio. Absorbería una voluntad ajena y me convertiría así en un ser completo. No les estaba pidiendo permiso, se lo estaba comunicando.

Mishek Nubeoscura, Kesh Vientoaustero y Gama Cortapietra asintieron con respeto. Kurú Ojo de Lago amenazó con enfrentarse a mí o a cualquiera que comulgase con mi camino en el *kieth*. Era justo lo que esperaba. Yo llevaba semanas peleando a diario y me sentía lo bastante seguro de mis habilidades como para probarlas incluso contra un veterano como él. Además, me hacía falta una voluntad que tomar para mí. Tal vez no lo admirara, pero ¿qué alma poseía más vigor que la del mismísimo Ojo de Lago? Estaba decidido a pasarle por encima con tal de seguir la senda en la que creía. Sin embargo, Iet Noche Ululante se me adelantó al aceptar el desafío.

Presenció el combate en primera línea del círculo. Kurú contra Iet. Puñal contra puñal. Vida contra vida. La cima de la montaña era un hervidero de *ptaen*. El *reuk* entero jaleaba al ritmo de sus pasos mientras ellos daban vueltas midiendo las distancias, con la mirada clavada en su adversario y las alas extendidas. La luna observaba su danza como una pupila abierta en el cielo nocturno. El aire aulló. Las plumas vibraron. Kurú aprovechó el envite del viento para atacar primero.

Ojo de Lago recorrió el espacio que lo separaba de Iet con un salto potenciado por un batir de alas. Su cuchillo centelleó al bajar desde la altura de su cabeza en una puñalada asesina. Iet desvió el golpe cubriéndose con la palma izquierda, mas no pudo evitar que Kurú le cayese encima. Rodaron por el suelo, agarrándose de las muñecas y lanzándose dentelladas. El combate se convirtió en un caos indescriptible que podía vencerse a favor de cualquiera de los dos luchadores hasta que, con una llave, Iet logró una clara ventaja al colocarse a horcajadas sobre su enemigo. Ambos habían perdido sus puñales, así que Noche Ululante utilizó los nudillos. Se reía como una hiena a la par que aplastaba la sanguinolenta cara de Kurú con los puños, golpeándola una y otra vez. ¡Qué espectáculo! El corazón estaba a punto de salirse del pecho. Estaba seguro de que el combate estaba sentenciado. Sólo que, entonces, Ojo de Lago contraatacó.

Cruzó las piernas sobre la cintura de Iet, inmovilizó su cuerpo colocándole una mano en la nuca y apoyó la otra contra su estómago. Después, apretó con una fuerza sobrehumana. Ojo de Lago hizo gala de ese tipo de poder que sólo te brinda una combinación de adrenalina, el saberse al filo de la muerte y la desinhibición más absoluta. Los músculos del torso de Noche Ululante cedieron

ante la presión. El brazo desnudo de Kurú se hundió hasta el codo entre los pechos de Iet. Atravesó su caja torácica, arrebatándole la vida en el acto.

Ni siquiera esperé a que el cadáver de Noche Ululante cayese al suelo. Entré en el círculo a zancadas con el puñal desenvainado, dispuesto a acabar con aquel maldito Ojo de Lago y con cualquiera que osara ponerseme delante. Levanté a Kurú agarrándolo del cuello. No se resistió. Se limitó a mirarme con ese único ojo que era una isla azul en un mar de sangre y, un latido antes de que le asestase el golpe mortal, señaló con un gesto de cabeza el cuerpo de Iet y me dijo: «*Kielu hull, gohut*».

«Ahí está tu voluntad». Me cedió el alma de Noche Ululante y me reconoció como gohut antes incluso de que bailase la danza, y todo por el respeto que, a pesar de todo, le tenía a su rival. Quizá Iet había perdido el combate, pero había ganado la contienda.

Solté a Kurú. Él y los suyos abandonaron el *reuk* antes del amanecer. No quisieron ser testigos del ritual que me convirtió en el gohut que soy hoy.

Usé el cuchillo de Iet para cortar su propia cabeza y, como tantas veces vi hacer en el campo de batalla a gohut que querían albergar en su pecho la voluntad de sus compañeros caídos, susurré su nombre y alcé su testa por la cabellera para mostrarle la luna del cambio. Cuando me aseguré de que la voluntad de Iet había visto su luz, encendí una hoguera con sus restos mortales y calenté a su fuego un caldo de hongos del despertar. Noté los efectos desde el primer sorbo.

La noche empezó a brillar con colores que jamás había visto. Las nubes se arremolinaban y cambiaban de forma, moviéndose por el cielo como sombras con sabor a nuez, a olmo, a herida y a rabia. Las estrellas se hundieron en la nieve sólo para renacer en la forma de un manantial de crisantemos blancos. Escuché ladrar al perro del ocaso y lamí con él los rayos de un sol inexistente. Le canté a la piedra de la cumbre y soplé gruñidos de dicha en el beso del viento.

Y bailé. No una, sino mil millones de danzas. Bailé como loco alrededor de las llamas, en esa cima que el poder de mis anhelos había convertido en un *Aast* sagrado. Reí. Lloré. Gemí. Me golpeé la cabeza con el cráneo de Iet hasta sangrar, y creí romperme, y morir, y nacer, y volver a sentir emociones que jamás había experimentado.

El firmamento se me llevó hacia arriba mientras la montaña succionaba mis pies hacia el lecho de roca, y a través de ese dolor que era gozo conecté con el *kieth* y lo comprendí. Comprendí que era uno y era todos; que el nudo de voluntades fluye porque el agua estancada se pudre y mata; que los ciclos se suceden porque la rueda gira sobre un eje del que no somos el centro. Entendí que en este mundo no existe más mandato que los deseos ni más dios que una Tierra que Sustenta tu cuerpo para que sienta el placer de saberse libre y un Cielo que Arropa tu conciencia para evitar que los miedos te impidan recorrer tu camino.

Aprendí todo eso y un centenar de cosas más que no podría expresar aunque quisiera. Aprendí tanto que mi mente se agotó. Acabé desvaneciéndome y cayendo al suelo.

Desperté soles más tarde, junto a los restos de la fogata, con una brecha en la frente y la voluntad de Iet alojada en mi pecho. Y supe que, al fin, era un gohut completo.

Seis

Leara permaneció callada un momento, a la espera de que Rin continuase la historia. Él, sentado en la hierba, con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el sol, acariciaba los pétalos de un crisantemo con las yemas de los dedos. No parecía dispuesto a abandonar ese instante de tranquilidad para terminar su relato.

—¿Qué pasó después? —lo instó Leara. El corazón le bombeaba indómito y sentía en la boca del estómago un vacío fresco y, de algún modo, agradable.

—Que viví por y para mí mismo durante los siguientes tres años —contestó Rin, retomando la narración con la voz cansada y los párpados aún cerrados—. Algunos me siguieron como al portador de la voluntad de Noche Ululante, otros abandonaron el clan para seguir a otro líder más capaz o prefirieron ir por su cuenta y convertirse en descastados. Participé en saqueos, sobreviví a luchas en el círculo y, en general, hice lo que me vino en gana. Fui feliz hasta que la última batida de otoño me sorprendió en las llanuras.

Rin estiró del crisantemo que había estado toqueteando y lo arrancó del suelo. Lo examinó con detenimiento, esbozó una sonrisa triste y lo arrojó a sus pies.

—Las fuerzas de Tiuma cayeron sobre el *reuk* cuando este ya se estaba retirando hacia las montañas —prosiguió—. Iban a diezmarlo si nadie se sacrificaba para retrasar la ofensiva humana, así que algunos optamos por plantar cara en retaguardia. La diferencia de fuerzas era demasiado grande, no podíamos ganar. Sólo aspirábamos a retenerlos el tiempo suficiente para que los nuestros pudieran escapar. Tratamos de defendernos de una carga de caballería contando únicamente con nuestras dagas de sílex, así que ya puedes imaginarte cómo terminó la contienda.

—Novon me contó que te encontraron vagando sin rumbo por las llanuras, bañado en sangre y medio ido —comentó la tutora, recogiendo la flor que Rin acababa de dejar caer y llevándosela a los labios. Los pétalos le hicieron cosquillas en la barbilla—. Dijo que los soldados iban a abatirte a saetas, pero que uno de ellos te reconoció y te escoltaron de vuelta a Tiuma.

—¿Vagando sin rumbo? ¡*Suu tal karrakt!* ¡*Kne!* —maldijo Rin, malhumorado—. Un caballo me arrolló al poco de iniciarse la batalla y me dejó inconsciente. Cuando mi voluntad volvió a mi cuerpo, descubrí que la mitad de mi *reuk* acababa de ser exterminado. Me invadió la rabia. No sólo no había podido defender a los míos sino que ni siquiera podía reclamar para mí sus almas porque esos humanos de *uoj* se habían llevado sus cabezas como trofeo.

—Y elegiste buscar venganza en lugar de volver a las montañas —completó Leara.

El gohut asintió. Cruzó las piernas, inclinó el torso hacia delante y comenzó a arrancar puñados de hierba a medida que iba hablando. El tono de su voz se volvió irregular; oscilaba, como su ánimo, entre el enfado y la lástima.

—Encontré a un grupo de hombres y me lancé sobre ellos. Herí a uno, pero los demás consiguieron desarmarme y retenerme —rememoró el prisionero—. Me ataron al tronco de un árbol, junto a otros tres gohut que habían capturado y a una mocita, una campesina humana a la que, me imagino, tenían que cerrarle la boca para que jamás explicara a nadie lo que los elegantes y nobilísimos soldados de Tiuma le habían hecho.

»Lo creas o no, eliminar a quien puede ser una molestia es una práctica bastante común en las batidas, pues cualquier muerte se nos atribuye a los gohut. Lo inusual fue la forma en que decidieron ejecutarnos. Nos usaron de dianas en un juego de apuestas: ganaba el que más saetas acertase antes de que el blanco dejara de respirar. Por desgracia, el flujo del *kieth* se truncó de tal

manera que el balletero que debía matarme a mí me reconoció y entre todos decidieron traermé hasta aquí con la esperanza de cobrar una recompensa. El juego, por cierto, siguió con el resto de participantes. Ganó el que ensartó doce veces a la chica.

Un pétalo se deslizó entre los dedos de la tutora y trazó un remolino. La joven no se había percatado de que su mano se había cerrado en un puño, aplastando la flor. En su cabeza, el recuerdo de Errold le susurraba. «Podría hacer con usted lo que me viniese en gana», decía su voz de lobo. «Siempre que quisiera». Se le hizo un nudo en la garganta.

—Te ayudaré —le juró a Rin—. Te ayudaré a escapar.

—Lo sé —contestó él.

—Tengo... tengo que confesarte algo —dijo Leara, tras dudar un instante—. La primera vez que prometí ayudarte a huir estaba mintiendo, en realidad no tenía ninguna intención de hacerlo. Era un truco para ganarme tu confianza en tanto intentaba que volvieses a ser Gerrin. Pero ahora sí quiero que vuelvas con los tuyos. —Lo miró a los ojos para demostrarle que esta vez estaba siendo honesta—. Lo deseo con toda mi alma.

—Eso también lo sé —repuso el reo, de pronto risueño.

—¿Cómo? —preguntó ella, desconcertada.

—Soy un gohut, Leara. Soy sentimiento —explicó Rin, encogiéndose de hombros—. Entiendo a la perfección los impulsos y los anhelos. Y, ahora que por fin has logrado escuchar la voz de tu propia voluntad, creo que deberíamos volver a la mazmorra y trazar un buen plan de fuga. Pero antes déjame conseguir un poco de resina —añadió, acercándose a un pino y alzando los brazos para golpear su corteza con los grilletes metálicos—. No puedo pensar en volar lejos de aquí si no siento mis alas en la espalda.

La celda parecía aún más oscura después de haber pasado la mañana disfrutando de los rayos del sol, aunque si eso molestó a Rin logró ocultar sus emociones como un maestro de espías. Tan pronto Leara lo liberó de los grilletes, el reo se desprendió del jubón que Novon le había exigido ponerse para salir al jardín y, con el torso desnudo, corrió a sentarse ante el tablero de *la toma del castillo*. Las fichas de madera estaban desperdigadas por las casillas, en las arbitrarias posiciones en que el gohut había tenido a bien ir colocándolas desde el día en que la tutora le trajo el juego.

—Acércate —le pidió Rin—. Te contaré un par de ideas que he estado maquinando.

—Bien —sonrió Leara. Dejó junto al prisionero el trozo de corteza de pino sobre el que habían transportado la resina y se dirigió hacia el camastro. Apartó las sábanas, metió la mano en un agujero del jergón y sacó de dentro la colección de plumas de halcón que Rin había estado atesorando allí—. Haré lo que pueda para arreglar tu estropicio de plan mientras te pongo las alas.

—Tu voluntad puede ser desafiante cuando quiere —rió el prisionero—. Deberías huir conmigo. Serías una buena gohut.

—No lo creo —rechazó la joven, cortés, mientras se colocaba detrás de Rin y mojaba el cálamo de la primera pluma en la resina para pegársela después a la espalda—. Además, no parece que en los clanes haya más posibilidades para las mujeres que en Tiuma. Quedaría relegada a tareas de campamento y a educar a las crías.

—Sólo si tu quisieras —dijo el reo—. Ni el sexo ni las apariencias importan en el *reuk*. Lo único que cuenta es la firmeza con la que defiendes tu camino en el *kieth*.

—¿De verdad? —preguntó, escéptica, Leara. Le colocó otra pluma—. Entonces, dime, ¿por qué en tu historia no aparecía ni una sola hembra gohut?

—Claro que aparecían —se defendió Rin, y alzó una mano para contar con los dedos a la par que las enumeraba—. Diev de los Ojo de Lago, Gama Cortapiedra, Iet Noche Ululante.

—¿Iet Noche Ululante? —se sorprendió la tutora—. ¡No dijiste que fuera una hembra!

—Tampoco que fuese un macho. Y, sin embargo, tú lo habías presupuesto. —Rin frunció el ceño, meditabundo—. ¿Qué te han hecho los humanos en la cabeza, Leara? ¿Cómo han conseguido meter en una mente como la tuya ese montón de prejuicios?

—Yo... —empezó la chica. Fue incapaz de dar con una respuesta apropiada—. No lo sé.

Una nueva pregunta cruzó la cabeza de Leara con un agujonazo de envidia. La masticó durante un buen rato, luchando por tragársela, mas sus esfuerzos resultaron inútiles. Rin notó que se estaba conteniendo.

—Escúpelo de una vez —la animó el gohut, divertido.

—¿La amaste? —formuló la tutora al fin—. ¿Amaste a Iet Noche Ululante?

—¿Te preocupas de eso sólo porque ahora sabes que fue una hembra? —Rin soltó una carcajada—. Si no me detuvo el hecho de pertenecer a distintas especies de origen, ¿por qué iba a detenerme, entonces, que fuésemos del mismo sexo?

—Eso significa que...

—No —la cortó él, y ella soltó un suspiro. Antes de tiempo—. A quien amé fue a Kesh Vientoaustero. Tal vez incluso a Thuut el Descastado. Lo que sentí por Iet fue tan profundo que ni siquiera tiene nombre, ni en la lengua gohut ni en la de Tiuma. Llevo su voluntad en mi pecho, Leara. Llamar amor a eso sería quedarse corto. Es como sugerir que un grano de arena es el desierto, que el cielo no es más que una bocanada de aire, que en el océano solo hay una pizca de sal. —La tutora bajó la vista ante estas palabras. Al menos hasta que Rin le acarició el dorso de las manos con los dedos y prosiguió—: Y tan absurdo como tener celos de un muerto.

Permanecieron un rato en silencio, cada uno absorto en su tarea. Leara se afanaba en repartir sobre los hombros del gohut las pocas plumas que le quedaban por pegar. Rin, por su parte, movía las piezas de *la toma del castillo* con suma concentración, haciendo rotar el tablero cada poco para observar el resultado desde todos los ángulos posibles.

—Fíjate. Esto es la mansión Novon —dijo el gohut al cabo, señalando con un dedo la casilla central del tablero, ocupada por una pieza de nogal. Luego prosiguió—: Esto, los límites de la ciudad. Las llanuras, aquí. Esto son los poblados campesinos orientales...

—Y el paso de las montañas —terminó Leara—. Ya veo. Así que has estado todo este tiempo ideando un plan de fuga usando el tablero como mapa. Muy ingenioso, aunque habrías tardado menos si me hubieras pedido uno ya dibujado.

—Lo habría hecho si hubiese confiado en ti —argumentó Rin, encogiéndose de hombros—, pero no lo hacía hasta esta mañana.

—Eso es un golpe bajo —dijo la joven, y le propinó un manotazo amistoso en el brazo—. ¿Qué representan las fichas de arce?

—Destacamentos de soldados —contestó el reo—. Lugares en los que suelen acampar durante las prácticas, zonas de patrulla, rutas más transitadas. Todo lo que soy capaz de recordar de los días en que Gerrin se entrenó para las batidas con el ejército.

—Entiendo. —La tutora entornó los ojos, suspicaz—. Supongo que hay un motivo para que me cuentes esto justo ahora.

—A juzgar por el estado de las flores y el espesor de la hierba, diría que el deshielo está al caer. En cualquier caso, el paso estará abierto para cuando llegue allí —le explicó Rin—. Creo que lo más seguro sería salir de Tiuma por las cloacas, ir hacia el norte bordeando las antiguas

granjas y, después de atravesar la arboleda de Luan, torcer hacia el este. —El reo volvió el rostro hacia Leara y clavó sus pupilas en las de ella—. Lo que quiero decir es que sólo necesito que te quedes de guardia esta noche y, cuando la ciudad se haya dormido, me abras la puerta de la celda.

Las manos de la mujer se detuvieron en seco. Entre sus dedos, la última pluma de halcón estaba lista para adherirse a la espalda del gohut y terminar sus alas. Mas, de pronto, ella se dio cuenta de que no deseaba acabarlas. Si lo hacía, Rin echaría a volar.

—No —se opuso—. Es demasiado precipitado. La información que tienes de Gerrin es de hace cuatro años, es muy probable que esté desfasada. ¿Y si las patrullas han cambiado las rutas? ¿Y si están vigilando el paso de las montañas para evitar que los gohut entren en masa con el deshielo?

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr —insistió Rin.

—Ni hablar. Has pasado por mucho y no voy a permitir que lo estropees todo por tu impaciencia.

—¿Tienes un plan mejor?

—Sí —respondió ella, apartando la mesa donde reposaba el tablero para enfrentarse cara a cara al gohut—. Seguiremos como hasta ahora. Fingiremos que las sesiones funcionan y que te estás volviendo humano. Le mostraremos tus progresos al Plenipotenciario y te incorporarás a la batida de otoño. Una vez a caballo y en las llanuras, sólo tendrás que esperar el momento oportuno para escapar.

Rin se cruzó de brazos y arrugó el mentón, sopesando los pros y los contras de la propuesta.

—¿Qué harías tú entonces? —quiso saber el gohut—. En cuanto se descubra el engaño, quedará claro que me has estado ayudando desde el principio.

—Antes de que eso suceda, me habré convertido en decana gracias al apoyo de los Novon. Supongo que esa posición me brindará cierta protección —dijo la tutora—. En el peor de los casos, podría pactar con los progresistas. Seguro que creen que, tras estar viviendo durante un año en su mansión, poseo secretos más que suficientes para derrocar al Plenipotenciario.

—No suena mal —concedió Rin—. Salvo por el hecho de que tengo que aguantar aquí dos malditas estaciones más, claro.

—Las soportarás. Yo estaré contigo —le aseguró la mujer en un susurro pícaro, y le pegó la última pluma de halcón en la nariz—. Seguro que se nos ocurrirá alguna manera de que el tiempo pase más deprisa.

—Oh, no —rio el prisionero, tomando de la mesa el crisantemo que se había traído del jardín y colocándoselo a Leara en el pelo—. Por favor, piedad. Prefiero fugarme y arriesgarme a morir esta misma noche que padecer la tortura de estar junto a ti.

—Ya te he dicho que no lo permitiré —repitió la tutora.

Las manos de la joven hurgaron en los pantalones del reo hasta encontrar lo que buscaban.

—¿Vas a enfrentarte a mí? ¿Al temible Rin, el dos veces nacido?

—Te advierto de que mi voluntad es firme, gohut —dijo Leara, sentándose sobre él con la falda remangada—. A no ser que cedas... habrá contienda.

Y guió la erección de Rin hacia lo más profundo de su interior. Dos seres antagónicos se fundieron en un solo gemido y devinieron un todo. Como el dolor y el gozo; como la vida y la muerte; como la tierra y el cielo. Ella lo completó a él. Él la completó a ella. Y, juntos, fueron algo más que la suma de ellos mismos.

Desde su trono celeste, los soles fueron testigo de la batalla que las flores le ganaron a los campos helados, del cantar de la cigarra y del éxodo de las hojas caducas. Los chillavientos llegaron, anidaron en los techos de Tiuma y emprendieron de nuevo el vuelo cuando los polluelos

rompieron el cascarón. El día creció hasta ahogar a la noche y, tras el solsticio de verano, la oscuridad inició su contraataque para reclamar las horas que una vez fueron suyas. Los viejos crisantemos se marchitaron y los nuevos florecieron. En ese tiempo, Rin pasó de ser un reo de mazmorra a convertirse en todo un aristócrata.

Consintió asearse, vistió los colores de su Gran Casa y solicitó asistir a la capilla privada de la mansión para rezar a Ibelid tres veces al día. Paseó por el jardín con el decoro de un príncipe y la humildad de un monje asceta. Recordó cómo usar los cubiertos, repasó las intrincadas normas del protocolo e incluso se interesó por la situación política. Abandonó los calabozos y volvió a sus aposentos.

Tanto al gohut como a la humana les resultaba estimulante tenerlos a todos engañados. Se deleitaban conspirando a espaldas del mundo, siendo maestra y pupilo a la luz del sol y fieles amantes a la de la luna. Y, antes de que ninguno de ellos quisiera darse cuenta, llegó el momento de la verdad. La batida de otoño llamaba a su puerta, y Novon en persona quiso entrevistarse con Rin para evaluar por sí mismo sus progresos.

Fue un examen minucioso que duró desde el amanecer hasta bien entrada la noche, en el que el gohut fue interrogado sin pausa acerca de los deberes de los nobles, sus responsabilidades y la necesidad de la tradición. Rin sabía qué se esperaba de él e interpretó un papel sublime, tal y como llevaba meses ensayando. Novon quedó satisfecho. El Plenipotenciario mostraba todos sus dientes en una espléndida sonrisa. Se levantó de su butaca tan raudo que casi la tumbó, bordeó a la carrera su escritorio y envolvió a Rin en un sentido abrazo que lo levantó del suelo. Parecía tan satisfecho, tan aliviado y feliz que la tutora sintió una punzada de arrepentimiento. No estaba bien aprovecharse del amor de un padre hacia su hijo.

—¡Qué alegría! ¡Qué alegría, hijo mío! —bramó el Plenipotenciario—. Por fin has vuelto, Gerrin. Eres tú. ¡Eres tú!

—Sí, padre. Vuelvo a ser yo —contestó el gohut, sin apenas aire entre los brazos de Novon—. Lamento haberte preocupado.

—No te disculpes por eso —dijo Novon, enjugándose una lágrima tras liberarlo—. Lo importante es que ya estás recuperado.

—¿Estás listo para la caza? —inquirió Errold, que se acercaba a Rin tras haberse mantenido al margen durante toda la entrevista. La sombría expresión con la que comenzó a escuchar el examen se había ido relajando con cada respuesta; ahora era la afabilidad personificada—. Va a hacer falta que te cobres las vidas de una buena montaña de gohut para disipar las sospechas que el resto de Antiguas Familias albergue hacia ti.

Leara se tensó. Aunque ella se había esforzado en hacerle ver a Rin que, de momento, lo mejor era soportar con estoicismo los insultos contra los gohut, no sabía cómo lo haría reaccionar su temperamento impulsivo ante un ataque tan directo hacia su *reuk*. Tan pronto podía ceñirse al plan como intentar arrancarle el corazón al noble con las manos desnudas. La tutora tragó saliva y rezó a todos los dioses, humanos o no, rogando por que su amado se controlara.

—Cortaré tantas cabezas que tendré que colgarlas del cinturón de otro, hermano —rio el gohut. Sus manos, sin embargo, se ocultaron a su espalda y se apretaron en puños—. Siento que vayas a perderte el espectáculo.

—Tranquilo. En los tres años que me he visto obligado a cubrir tu puesto en las filas del ejército, he vivido cacería más que suficiente. —Errold le dio una palmada en el hombro—. Ya sabes que lo mío son los bailes y los duelos.

—Y las mujeres —apuntó Rin.

—¡Sobre todo las mujeres! —espetó el otro.

—Chicos, chicos —los reprendió con suavidad Novon, todavía sonriente—. Haced el favor; hay una señorita presente.

—Descuide, Plenipotenciario —intervino la tutora—. No me asusto por tan poca cosa.

—No, es evidente que no —coincidió el hombre. Después se volvió hacia Rin—: Gerrin, ve a tus aposentos y vístete con el traje de ceremonia. Vamos a celebrar tu regreso con un banquete.

—Sí, padre —aceptó el gohut, solícito—. Gracias.

—Errold, encárgate tú de prepararlo todo —continuó el Plenipotenciario—. Ya sabes lo que quiero. Algo discreto, que quede en familia, ¿entendido?

—Entendido, padre —respondió este—. Será un placer.

—Bien. Marchaos —ordenó Novon—. Tengo que tratar un par de asuntos con la tutora.

Los jóvenes se inclinaron en una reverencia antes de abandonar el despacho. En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, el Plenipotenciario rodeó su escritorio y se dejó caer en su butaca. Por un instante permitió que su orgulloso porte se derrumbara y Leara pudo vislumbrar al viejo que habitaba tras esa máscara de suficiencia. Inspiraba cierta lástima.

—Ha conseguido algo increíble, tutora —la felicitó—. Mi primogénito está listo para unirse a la batida de dentro de dos semanas.

—El mérito es de Gerrin. Él es quien logró recuperarse y, por tanto, quien debería llevarse el crédito —repuso ella—. Pero gracias de todas formas.

—En cualquier caso, estoy en deuda con usted. ¿Tiene algún deseo que yo pueda cumplir, aparte de alcanzar el Decanato? —le preguntó el hombre—. El que sea.

Una imagen cruzó la mente de Leara. Un recuerdo de cuando ella no contaba más de doce primaveras. Una muchedumbre se reunía en la plaza de la condena. Acudía a ver el espectáculo: era día de ejecuciones. El heraldo cantaba los crímenes de los reos mientras el verdugo empujaba los taburetes en que estos se sostenían. Las cuerdas cimbrecaban al sentir el tirón de los cuerpos. Los condenados se balanceaban en un macabro baile en honor a la muerte. Los que tenían suerte, con el cuello roto; los menos afortunados, como su padre, con el rostro purpúreo por la falta de aire.

—Me gustaría que el Cónclave revisara las leyes y las enfocara a la reinserción del prisionero en lugar de a su castigo —dijo la tutora, sin un deje de duda en la voz—. Ya ha comprobado que la reeducación funciona.

Novon la miró de hito en hito. Leara no apartó la vista. Hablaba muy en serio, su voluntad no estaba dispuesta a ceder.

—Reformar todo el sistema penal de Tiuma. No se conforma con poco, ¿verdad? —comentó el Plenipotenciario con un gruñido—. De acuerdo. Haré cuanto esté en mi mano, tiene mi palabra.

—Eso lo voy a necesitar por escrito —bromeó la joven.

—Voto a Daset que no es usted el mismo cachorrito apaleado que, hace un año, llegó a mi casa temblando de miedo —soltó Novon en una carcajada—. Algo ha cambiado en su interior, lo veo en sus ojos. Son más... duros.

—Es cierto —concedió ella—. Podríamos decir que al final ha sido la tutora la que ha aprendido una lección de su alumno. La fortaleza de espíritu de su hijo me ha impulsado a ser mucho más firme en mis creencias.

—Bueno, sin duda es una habilidad que le será muy útil para superar las arduas pruebas que tendrá por delante —celebró el Plenipotenciario—. Si me hace el favor de traerme uno de sus estudios, cualquiera de ellos, lo sellaré con mi emblema personal y enviaré de inmediato a mi

chambelán personal para que lo presente ante el Cónclave. Las familias tradicionalistas lo votaremos como investigación esencial y la propondremos a usted para ocupar un asiento en el Decanato en la próxima sesión. La Academia no osará oponerse a su nombramiento. —El hombre se incorporó y le ofreció la mano a la chica—. Permítame ser el primero en darle la enhorabuena por su ascenso, decana Leara.

—Gracias, Plenipotenciario —respondió ella, estrechándosela.

—No, gracias a usted.

La tutora le dedicó una inclinación de cabeza antes de dar media vuelta y encaminarse al pasillo. Todo había salido mejor de lo esperado.

—Leara —la detuvo el Plenipotenciario antes de que ella abandonara su despacho—. Me gustaría que supiera que, en ocasiones, como cabeza de familia debo tomar decisiones que detesto como persona. Por motivos políticos, la Casa Novon no siempre podrá mostrarle su apoyo. Es posible que, en algún momento, sus intereses y los de mi familia discurren en sentidos opuestos y yo me vea impelido a ir en su contra. Si se diera el caso, le ruego que comprenda que son las circunstancias, no mi corazón, las que me llevan a actuar así.

—Lo entiendo —le contestó ella. «Y espero que usted comprenda que es mi corazón el que me obliga a ir hoy en su contra», añadió para sus adentros. «Lo siento, Derold».

—Me alegra oír eso. —Novon esbozó una sonrisa cansada—. Vamos, tráigame ese estudio.

La luz de la luna llena se filtraba por los ventanales del pasillo y bañaba de sombras las esbeltas curvas de las ninfas de mármol. Leara las miraba con pena a medida que pasaba a su lado. Se le antojaban tan prisioneras de la mansión como lo había sido ella. A la última estatua de la hilera le faltaban la cabeza y el brazo derecho. La tutora recordaba el momento en que Errold, furioso ante la posibilidad de verse obligado que desposar a una Bilem, había descargado su rabia contra la ninfa.

Aunque Rin la había enseñado a no sentir temor, Leara dio gracias a los dioses por que su cautiverio hubiese acabado sin que las fauces del lobo se cerrasen en torno a su cuello. Por fin estaba a salvo. O eso creyó hasta que llegó a sus aposentos.

Alguien había entrado en su habitación y revuelto sus pertenencias. Los armarios estaban abiertos de par en par, vomitando nudos de ropa hacia el suelo. Los arcones, con los cerrojos reventados, yacían con la boca abierta, mostrando sin pudor alguno los manuscritos de sus estudios secretos. En la mesa, junto al tintero, unas velas aún encendidas dejaban caer gotas de cera sobre sus pergaminos.

El frío contacto del filo de una daga en la base de la espalda le cortó la respiración. Leara no necesitó volverse para saber quién la empuñaba.

—Errold, ¿qué haces aquí?

—Ser un chico obediente, tutora —contestó el noble, en tono infantil—. Sólo me hago cargo de la tarea que me encomendó mi padre. Ya lo has oído, quería que me encargara de prepararlo todo. Que fuese discreto. Que quedase en familia.

—Bastardos —maldijo ella—. Teníais pensado silenciarme desde el principio, tanto si tenía éxito como si no.

—Los Novon no se pueden permitir el lujo de que se sepa que el próximo cabeza de familia estuvo recluido por haber perdido la cordura —le explicó el aristócrata—. Los sirvientes nos tienen tanto miedo que no resulta difícil mantenerlos callados, pero a ti, en cambio... bueno, digamos que te daremos la misma recompensa que a los soldados que encontraron a mi hermano vagando en las llanuras. —Errold aumentó la presión que ejercía con la daga—. Un palmo de

acero de la mejor calidad.

La expresión de la tutora se torció en un gesto desafiante. No tenía intención de abandonar este mundo con un llanto, y menos ante ese noble pretencioso. Si tenía que morir, lo haría echándole agallas.

—Si vas a hacerlo, hazlo de una maldita vez —lo urgió Leara—. Espero que el día de mañana te sientas orgulloso de haber apuñalado a una mujer por la espalda. Será una buena historia que contarle a tus nietos, así sabrán qué clase de persona era su abuelo.

—Oh, te mataré, no te preocupes por eso. Pero te suplico que tengas un poco de paciencia, porque antes necesito que me contestes a una pregunta. Resulta que mientras te esperaba me ha dado por curiosear entre tus cosas y he descubierto algo que no me ha gustado nada.

El hombre guio a la tutora ante el escritorio a punta de cuchillo. La inclinó sobre la mesa, de la misma forma en que aquel día el lobo la encorvó sobre su cama, y le aplastó la cara contra el pergamino desplegado que la presidía. Sólo entonces se percató Leara de que se trataba de uno de los manuscritos en que había plasmado sus conversaciones con Rin.

—¿Qué coño es eso de que Gerrin se cree un gohut? —inquirió Errold.

—Lo has entendido mal —respondió la joven, condescendiente, y alargó con disimulo una mano hacia el tintero—. No es que se crea un gohut, es que lo es. El cuerpo de tu hermano alberga ahora una alma nueva y libre. Y su nombre no es Gerrin, sino Rin.

—¡Mientes!

—Fíjate, estás temblando —se burló Leara, al notar a través de la hoja de la daga el pulso inquieto del hombre—. Estás aterrado porque en el fondo sabes que es verdad. Te niegas a creerme para poder decirte a ti mismo que el peso de los Novon no recaerá sobre tus hombros. Ya puedes irte despidiendo de tus bailes, tus bebidas y tus fulanas. Parece que se te acabó la buena vida, Errold.

—No. ¡No! Tú vas a arreglar esto —gritó el noble a la par que obligaba a Leara a darse la vuelta para mirarla a la cara—. Aunque tardes un año, aunque tardes una puta década, vas a...

El tintero reventó sobre el ojo derecho de Errold. Su discurso se perdió en una amalgama de aullidos y blasfemias. Cegado por la tinta y dolorido por el tremendo golpe, el hombre blandió su arma con la esperanza de alcanzar a la chica. Aunque Leara logró zafarse del agarre del aristócrata, no fue lo bastante rápida como para evitar que le abriese un corte a lo largo del brazo. Sin embargo, la ventaja seguía siendo suya. Tomó una de las velas encendidas, la arrojó al arcón de madera que contenía sus escritos, lanzó a Errold sobre el lecho y abandonó la habitación. Una vez fuera, atrancó la puerta con uno de los bargueños del pasillo y echó a correr.

Le hubiese gustado matar al noble con sus propias manos, pero a la tutora no la apodaban «la estratega» en vano. En ese momento, Errold le resultaba más útil vivo que muerto: serviría de cebo mientras Rin y ella escapaban. Aun así, sabía que su truco no le compraría demasiado tiempo. Los sirvientes del palacio Novon eran legión, no tardarían en responder a los gritos de auxilio del aristócrata y lidiar con el incendio.

Leara era consciente de que cada latido que permaneciesen en esa mansión los acercaba un poco más a la muerte.

Siete

Una corona de fuego ardía sobre los tejados del palacio Novon, adornando el cielo nocturno con una capa de humo en la que se reflejaban los colores de la furia y la llama. Las níveas torres de la mansión ya no parecían un castillo de ensueño salido de un cuento de hadas. Ahora eran los colmillos de un demonio que escupía su maldición de ultratumba, una boca que amenazaba con tragarse la realidad y arrastrar toda Tiuma a un mundo de pesadilla.

En tanto un ejército de sirvientes intentaba ahogar a ese monstruo con un millón de cubos de agua, dos pares de pies atravesaban los jardines a la carrera. Y otro par los perseguía.

Rin y Leara corrían el uno junto al otro sin mirar atrás. Las escenas del camino de mosaicos se sucedían bajo sus botas. Contaban el ascenso al poder de los Novon. Sus gestas. Sus divinos orígenes. Su excelso linaje. Y tanto el gohut como la tutora pisaban sobre esa historia, la manchaban de tierra y barro, la mancillaban sin pudor.

El azar quiso que el gohut se detuviese, exhausto, sobre el mosaico que representaba la batida de otoño.

—No te quedes atrás, Rin —le suplicó Leara—. ¡Vamos!

—¡Karrakt! Demasiado... —jadeó él, golpeándose los temblorosos muslos—. Demasiado tiempo en una jaula. Las piernas no me responden bien.

—¡Gerrin! —gritó una voz a sus espaldas.

—Escóndete, Leara —le ordenó Rin—. ¡Rápido!

—No necesito que me cubras las espaldas —protestó ella.

—Lo sé, pero tienes el brazo herido —sentenció el gohut, señalando el corte abierto de Leara—. Además, esta es mi contienda.

De un empujón, la envió a un matorral del margen de sendero. La tutora maldijo por lo bajo tras la caída. A pesar de su enfado, tuvo la suficiente claridad de mente como para quedarse allí agazapada, muy quieta, y confiar en que Rin tuviese un plan. Cuando la luz de la luna iluminó el rostro de la figura que los perseguía, una blasfemia afloró a los labios de Leara. Aun con una sangrienta brecha en la ceja y el cuerpo marcado de negro con restos de tinta y hollín, Errold había logrado escapar del fuego y darles alcance. Él solo. «No quiere que nadie se entere de que un miembro de su familia es ahora un enemigo de la humanidad», dedujo Leara.

—Gerrin. Hermano —empezó el aristócrata—. ¿Dónde está ella?

La mujer hizo amago de incorporarse para enfrentarse al noble. Había superado el miedo, ya no temía al lobo. Sin embargo, Rin debió adivinar sus intenciones y, con un disimulado gesto hacia los arbustos, le pidió que se mantuviese al margen. Tras dudar un instante, Leara obedeció. No era el momento de dejarse llevar por el orgullo. Se fiaba de Rin lo suficiente como para permitirle manejar la situación.

—La tutora ha escapado —contestó el gohut, seco.

—Maldita sea —se quejó Errold. Alzó un dedo y se lo pasó por la ceja abierta—. En fin, no importa. La guardia la cazaré en cuanto demos la voz de alarma y entonces tendrá que responder por incendiar nuestro palacio y por haberse atrevido a alzar su mano contra mí. —El noble señaló la mansión con un gesto de cabeza—. Ven, hermano. Vuelve a casa conmigo. El fuego no tardará en estar controlado.

—No es de la llama de lo que huyo.

La respuesta hizo que el aristócrata se tensara. Sus piernas se separaron y sus botas se

afianzaron en el suelo, en una posición de combate. Su palma derecha se apoyó en el pomo del estoque.

—Entonces ¿de qué intentas escapar? —inquirió—. ¿De tu propia familia?

—Vosotros no sois mi familia —le reveló Rin—. Los míos me esperan en las montañas.

—Así que es cierto. Te crees un gohut.

—Soy un gohut, Errold. La piel no es lo que te hace humano.

—Sólo estás confundido —le aseguró el noble—. Es normal. Tu mente sufrió mucho durante el cautiverio. Tienes que esforzarte en recordar quién eres en realidad. Eres Gerrin Adaval Novon, hijo del Plenipotenciario de Tiuma y próximo líder de la Gran Casa más poderosa de la ciudad.

—Eres tú quien está confundido —replicó el gohut—. Le estás hablando a la persona que habitaba este cuerpo antes que yo. Debes saber que de él sólo quedan esta carne y estos huesos. Nada más.

Ante la perpleja mirada del aristócrata, Rin se deshizo del jubón que cubría su torso y le mostró las plumas de halcón que engalanaban su espalda.

—Yo soy Rin, el dos veces nacido, gohut del clan de la Noche Ululante.

—Gerrin, por favor, vuelve en ti —suplicó Errold, en el agudo timbre de la desesperación—. Yo no quiero heredar. No puedo heredar. Es tu destino, ¡el tuyo! Mis hombros no soportarán esa carga. ¡No pienso casarme con una asquerosa Bílem!

—Pues no la tomes. ¿Por qué hacer algo que no deseas?

—¡Porque tengo que hacerlo! —chilló el noble, exasperado—. La ley dicta que el primer descendiente varón debe gobernar la familia. Si tú desapareces, no tengo alternativa.

—Siempre hay alternativa. Aceptar cargas porque unas palabras escritas en un trozo de pergamino te obligan a hacerlo es estúpido. Me fascina que los humanos seáis tan cortos de vista —resopló el gohut—. Huye de Tiuma y sus imposiciones, Errold. Abandona esta ciudad de cárceles, muros y normas. Tal vez tú también encuentres, como tu hermano en su día, un nuevo horizonte más allá de las llanuras.

—¡Basta! —estalló el aristócrata. Remarcó su grito con el afilado sonido del desenvainar de su daga de parada y su estoque de duelo—. Se me ha acabado la paciencia. Volverás conmigo a la mansión o morirás por mi espada. Elige siendo consciente de que prefiero enterrarte a sufrir la vergüenza de ver cómo te vuelves contra Tiuma.

Un gemido trepó por la garganta de Leara. Rin estaba desarmado y Errold se contaba entre los mejores duelistas de la ciudad. La mujer se apretó el corte del brazo y maldijo su propia debilidad. Ya empezaba a sufrir mareos por la pérdida de sangre. Abandonar su escondite no sólo la pondría en peligro a ella, sino que obligaría a Rin a pelear con la atención dividida entre su adversario y su aliada herida. Leara tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para permanecer oculta y no dar al traste con las ya de por sí escasas probabilidades que tenían de salir del lance con vida. Sin embargo, un detalle le permitió albergar un rayo de esperanza: el gohut lo tenía todo en contra y, aun así, sonreía.

La tutora casi podía ver el ardiente deseo de lucha que desprendía el alma guerrera de Rin. Estaba decidido a plantar cara a manos desnudas. Tal era la firmeza de su voluntad.

—¿Enfrentarte a mí es tu deseo? —preguntó Rin.

—Lo es.

—¿No vas a ceder? —insistió.

—Nunca —escupió Errold. Sus brazos adoptaron una postura de ataque—. Tú ya no eres mi hermano.

—*Kne* —confirmó el gohut—. Ya no lo soy.

El salto de Rin se comió la distancia que lo separaba de su rival. Errold, incapaz de concebir que un gohut no le teme a nada, no previó que su enemigo pudiese abalanzarse sobre él a pesar de no contar con una espada. Vaciló ante su avance y, tarde, soltó un tajo con el estoque. El golpe fue tan abierto que Rin no tuvo problemas en esquivarlo. Se agachó lo suficiente para que la hoja pasara rozándole la cabellera y, con un enérgico paso, se adentró en la guardia del aristócrata por el punto ciego que le brindaba la herida en su ceja. La respuesta de Errold no se hizo esperar.

El noble lanzó la izquierda en una suerte de gancho y la daga que portaba describió un defensivo arco corto. Se trataba de una técnica de manual, un movimiento ideado para sacar a la fuerza a un enemigo que se ha adentrado demasiado en tu rango de alcance. En teoría, blandir de esa forma la daga de parada haría que el rival retrocediese con tal de evitarse la puñalada. No funcionó.

Rin alzó su diestra a la altura de la cara con la palma hacia fuera y dejó que la hoja le atravesase la mano. Su zurda se cerró en un puño que impactó contra el estómago del noble. Errold se tambaleó cuatro pasos hacia atrás antes de recobrar la compostura. No se percató de que su daga había desaparecido hasta que intentó adoptar de nuevo su posición de duelista.

El gohut soltó una alegre carcajada mientras se arrancaba el puñal de la palma. Lo esgrimió ante su dueño de forma burlona.

—Me has cogido desprevenido, bastardo —espetó Errold—. No volverá a pasar. Soy diez veces más hábil que tú, y este ha sido tu último golpe de suerte.

—¿Habilidad? —se jactó Rin—. Los combates no son sólo cuestión de destreza. En momentos límite, un instante de titubeo te puede costar la vida. Y tú no sólo te enfrentas a mí, también estás luchando contra tus propias dudas. Porque todavía crees que puedes recuperar a tu hermano. Porque no soportarás el peso del futuro que te aguarda. Porque estás empezando a sopesar la posibilidad de abandonar tus responsabilidades y huir. —La expresión del rostro del hombre fue la prueba de que el gohut había dado en el clavo—. Por el vínculo que una vez te unió con el antiguo dueño de mi cuerpo, te doy otra oportunidad: cede.

—Aprende a leer bien la batalla, imbécil arrogante —dijo el aristócrata—. Acabas de destrozarte la mano buena y mi estoque tiene más alcance que tu daga. Sigo con ventaja.

—Como deseas. —El gohut hizo bailar el puñal y lanzó un par de tajos al aire—. Te voy a *errtat* con tu propio acero. Aquí acaba la familia Novon.

Con un paso lateral y una zancada de acometida, Errold trató de robarle a Rin la iniciativa del combate. En vez de tratar de esquivar el envite, el gohut lo recibió con los brazos abiertos en cruz. El estoque lo punzó a la altura del pectoral. Rin consiguió evitar la muerte girando su cuerpo hacia un lado en el último latido. La punta de la espada abrió un corte a lo largo de una de sus costillas, mas no llegó a perforar el pulmón. Leara contuvo el aliento al entrever el blanco hueso tras una cascada de sangre.

Y, cuando el estoque pasó de largo, el gohut bajó el brazo y atrapó el codo de aristócrata en una improvisada llave de presa. Había sido una maniobra suicida, tan demencial como efectiva. Rin se había llevado un buen tajo, pero el noble estaba ahora a su merced. La daga centelleó a la luz de la luna mientras descendía hacia el cuello del aristócrata. Errold se libró por poco. Un tirón de su brazo atrapado tensó la herida de Rin, lo que le provocó un mar de dolor. Un espasmo desvió el puñal del gohut. La trayectoria varió lo suficiente como para que el filo no se enterrase en la nuca del noble, sino en su hombro.

La daga se hundió hasta la empuñadura en la articulación, arrancándole a Errold un desgarrador

aullido de angustia.

—¡Hijo de puta! —chilló el aristócrata, a la par que le propinaba un cabezazo al gohut en plena cara.

Un desagradable crujido le indicó a Leara que a su compañero le habían roto la nariz. El impacto hizo retroceder a Rin, que dio de espaldas contra el tronco de un pino cercano. Su mano izquierda aún sujetaba el mango del puñal. La hoja, sin embargo, ya no estaba allí. El filo se había quedado incrustado en el hombro del noble.

—Que los dioses se apiaden de ti, monstruo, porque yo no lo haré —sentenció Errold.

Cambió de mano su espada y se lanzó en una última acometida.

Leara recordaría el siguiente instante durante el resto de sus días. Sol tras sol, noche tras noche, eso sería lo primero en que pensase al despertar y lo último que pasase por su mente antes de que el sueño la venciera.

En infinidad de ocasiones, rememoraría de forma tan viva ese momento que sentiría de nuevo los arañazos que los matorrales le hicieron en la piel cuando emergió de ellos bramando un grito. Notaría el insufrible ardor de la herida de su brazo, el tacto de la roca en su mano, la inercia de su peso cuando la estampó contra la sien de Errold. Oiría el crujido del cráneo del noble al abrirse, vería la cabeza deformándosele por el tremendo impacto, sentiría la humedad de los sesos resbalándole entre los dedos. Y degustaría, con la punta de la lengua, el sabor amargo de la desesperanza al darse cuenta de que había llegado tarde por medio latido.

Un millón de veces sería testigo de cómo el estoque atravesaba el vientre de Rin y clavaba su cuerpo en el árbol que había a su espalda. De cómo los blancos pétalos de los crisantemos quedaban salpicados del color de la sangre. De cómo la columna de humo nacida del incendio ocultaba la luz de la luna llena.

Aunque no cabía duda de que ya estaba muerto, Leara descargó su rabia contra el cadáver del aristócrata. La roca le machacó la cabeza hasta transformarla en pulpa. Ese amasijo de carne y astillas de hueso jamás volvería a llevar una máscara. Ni de bufón, ni de lobo. Con cada golpe, los chillidos de la mujer se fueron tornando llanto. No se detuvo hasta que los sollozos le robaron las fuerzas con que blandía la piedra.

Cuando los jadeos le impidieron respirar se incorporó y, tomando con ambas manos la empuñadura de la espada, trató de liberar del tronco el cuerpo de Rin.

—Déjalo —gruñó el gohut al sentir moverse la hoja en sus entrañas—. Prefiero... morir de pie.

—¡Rin! ¡Oh, Ibelid misericordioso! ¡Estás vivo!

—Aún estoy aquí. Y tú... —El gohut calló un instante para dar un siniestro gorjeo—. Deberías marcharte. Los guardias... habrán oído la pelea.

—No voy a dejarte. Te sacaré de esta ciudad, te trataré esa herida y te salvarás —gimió la mujer—. Te salvarás, ¿me oyes?

—*Kne*. He perdido —dijo él. Después, emitió algo parecido a una risa y añadió—: Rin, el dos veces nacido... y dos veces muerto.

—Estabas agotado. Tus músculos se habían atrofiado por el encarcelamiento —se quejó la tutora—. No fue una pelea justa.

—La libertad no es justa. Pero está... llena de... posibilidades. —Sus pupilas se volvieron hacia el cadáver de Errold. Un lago de aguas rojas se extendía sobre el antiguo mosaico de la batida de otoño, devolviéndole el color escarlata a la piel de los valientes gohut que se enfrentaban a los caballeros de Tiuma—. ¿Viste su voluntad? Tenía una... fuerza increíble. Lástima que sus miedos... le impidieran... sentir el *kieth* y buscar su verdadero nombre. —El

gohut comenzó a toser una sangre negra como una noche sin estrellas. La tutora no pudo hacer más que limpiarle la boca con la manga de su vestido y escuchar las que, sabía, eran sus últimas palabras—. Descubre tu auténtico nombre, Leara. Encuentra tu propio camino.

—Ya lo he hecho —afirmó ella, con la voz temblorosa y los ojos humedecidos—. Mi senda sale de Tiuma por las cloacas. Después va hacia el norte, bordeando las antiguas granjas hasta cruzar la arboleda de Luan, para luego torcer al este, en dirección al paso de las montañas.

—Aguas termales —susurró Rin. Su tono era tan débil que apenas podía oírsele.

—¿Qué?

—Aguas termales —repitió él—. En la cima de... las montañas. Curan a nuestros heridos y... brindan calor para soportar el invierno. Así es como sobrevivimos... los gohut. Te lo cuento... porque confío en ti.

—Lo sé —dijo ella. A duras penas logró que la voz emergiera de sus trémulos labios.

—Ahora que conoces el secreto... no puedes dejar que te cojan —sonrió Rin—. O te lo sacarán a golpes y nos matarán a todos.

El sonido de unos pasos apresurados hizo volverse a la tutora. Unas antorchas dibujaban burbujas de luz a sólo unos mosaicos de distancia. La mujer apretó los puños y tragó saliva. Había llegado la hora de la despedida.

—Ten una buena... vida.

—Te querré siempre —le dijo al gohut, acariciándole la cara.

—Siempre... es mucho tiempo —replicó él. Una pluma se desprendió de su espalda y flotó, etérea, hasta posarse en el suelo—. Mejor... quiéreme ahora, y luego... olvídate de mí.

—Volveré a por ti. Susurraré tu nombre, te mostraré la luna del cambio y bailaré la danza del gohut. Vivirás en mi pecho. Nuestras voluntades caminarán juntas por el *kieth*, Rin. Te lo prometo.

Mas, para cuando la mujer terminó de pronunciar estas palabras, el alma del gohut ya había abandonado su cuerpo. Lo vio en su mirada perdida, mansa como las aguas estancas. No había rastro de vida en sus antaño vigorosos ojos.

La tutora lo besó una última vez antes de echar a correr. La pena la desgarraba por dentro mientras se alejaba del cadáver de Rin. Se consoló diciéndose que quizá ese cascarón vacío se quedara en el reino de los vivos, pero que el valor del gohut alimentaría a la Tierra que Sustenta y su espíritu volaría libre a través del Cielo que Arropa.

Como un halcón, su alma inmortal surcaría un firmamento infinito. Pintaría ocasos y amaneceres, cabalgaría vendavales y tormentas y trazaría espirales entre las gotas de lluvia, a la espera de que ella regresara a por él.

Leara desapareció en la noche. No sintió miedo cuando dejó atrás la ciudad que la había visto crecer. Ya no quedaba nada que la retuviera en Tiuma. Ya no había nada que pudiera retenerla.

Ni cárceles, ni muros, ni normas.

Epílogo

Kesh Vientoaustero solía decir que la promesa de un gohut es un voto grabado en piedra. Era una gran verdad. Si su voluntad es firme, mantendrá su palabra mientras quede en su cuerpo un hálito de vida. Y la de Ara era excepcional. Un año de espera no había enfriado su devoción hacia Rin; la había fortalecido.

El paso de las estaciones había transformado ese juramento en su causa. Acoger en su pecho el alma de su amado era la razón por la que se ponía en pie cada mañana, la motivación que la había impulsado a aprender todo lo que el *reuk* tuviera que enseñarle. Y sentía que, cuando lo lograra, no sólo habría hallado su verdadero nombre, sino que llenaría ese terrible vacío que tenía dentro. Regresar a Tiuma, profanar una tumba y huir por las cloacas era un pequeño precio a pagar por ver cumplidos sus anhelos.

Ara se internó en la arboleda de Luan y, siguiendo el mismo sendero que descubrió un año antes, llegó al claro donde las copas de los bellasombras se abrían lo suficiente para que pasaran entre ellas la llovizna y la luz de la luna. La mujer aspiró hondo y dejó que el aroma de la tierra mojada empapara su cuerpo. Sonrió. Sí. Sin duda, ese lugar, ese momento, era un *Aast* sagrado. Esa misma noche, al fin, se transformaría en un ser completo.

A pesar de la tenue lluvia, con la ayuda de los instrumentos que había escondido en un tocón hueco antes de volver a por Rin, logró ultimar los preparativos del ritual. Un puñado de yesca, una chispa producida por el puñal de sílex y un fardo de madera seca encendieron la hoguera. Una rama nudosa sirvió de cucharón y un casco oxidado de cazuela para el caldo de hongos del despertar. El vestido y las botas ayudaron a alimentar la llama.

Desnudarse fue una liberación. La mujer no pudo reprimir la risa cuando un soplo de viento hizo vibrar las plumas de su espalda.

Mientras aguardaba a que los colores del brebaje alucinógeno adquirieran la tonalidad adecuada, Ara recorrió el pequeño bosque en busca de flores silvestres. Se hizo con un buen puñado de gallocrestas y vigilias de calma y, entrelazando los tallos, trenzó dos tiaras. Después, se colocó una en la frente y sacó la cabeza de Rin de la bandolera para ponerle la otra.

Los ojos se le anegaron en lágrimas al peinar los pocos mechones de pelo que la testa de Rin aún conservaba. Besó la calavera. La besó una y otra vez, y no se detuvo hasta que el burbujeo del caldo de hongos del despertar trajo su consciencia de vuelta a la realidad.

Aspiró el vapor que desprendía el brebaje y contuvo la respiración. Tomó el primer sorbo con la mirada fija en las cuencas vacías del rostro de su amado. Acercó la cabeza de Rin a la suya hasta que sus frentes se tocaron. Pasaron diez, quince, veinte latidos.

Y no ocurrió nada.

Un grito de frustración espantó a los pájaros del bosque, que alzaron el vuelo en todas direcciones. Ara emitió un gruñido al arrojar la testa del gohut contra el tronco de un bellasombra. No había dentro de ese cráneo más que oscuridad y hueso. No había nada que pudiese canalizar la voluntad de Rin y atraerla hacia su pecho. Había sido una estúpida al creer que la magia totémica podía desafiar toda lógica y surtir algún efecto. El ritual era una superchería, una pantomima absurda, una superstición nacida de la ignorancia de unas mentes primitivas.

Ella era una humana. Era Leara, una tutora plebeya de la Academia de Tiuma, y ningún conjuro cambiaría eso. La magia no existía. Rin sólo había sido un loco que se creía un gohut; y ella una pobre idiota que se enamoró de él tan perdidamente que acabó por tragarse sus mentiras.

Cayó de rodillas. No había suficientes plumas en el mundo para cubrir la vergüenza que sentía. Y entonces lo oyó: el chillido de un halcón punzando los cielos.

Ara miró hacia arriba y fue testigo de cómo la voz del ave tomaba la forma de una cegadora onda de luz que recorría el firmamento. Al tocar las nubes, estas se convertían en melaza que se derramaba hacia el suelo en cascadas de color ambarino. Bajo cada uno de esos chorros de miel divina, un jardín de crisantemos blancos brotó de la húmeda tierra.

Sobrecogida, Ara volvió su rostro hacia la cabeza de Rin, con la extraña esperanza de obtener de él una explicación. Un destello azul chispeó en la cuenca derecha de la calavera. La mujer sintió al espíritu del gohut penetrar en ella a través de sus ojos.

Lloró, y sus sollozos no tardaron en tornarse espasmos. Perdió el control de sus músculos. Sus brazos y piernas se movían por voluntad propia, como tirados por las cuerdas de un dios titiritero. Se alzó y, poseída por un frenesí tan intenso que le ardía en el estómago, danzó como loca. Con cada paso notaba cómo se hundía cada vez más en la tierra y, a la par, cómo el vacío celeste trataba de alzarla del suelo. Y, sumida en ese trance de libertad arrolladora, halló el *kieth* y lo comprendió. Se dejó llevar por las corrientes del mundo sin renunciar a su propio yo.

Bailó alrededor de la hoguera. No una, sino mil millones de danzas. Bailó bajo el influjo de la luna del cambio. Bailó hasta caer inconsciente en el fango.

Durante su sueño, la voluntad de Rin se acomodó en su pecho y se fundió con la suya. Devinieron un único ente. Un ser tan inseparable como el círculo del dolor y el gozo; tan magnífico como el ciclo de la noche y el día; tan natural como la rueda de la vida y la muerte. Una criatura en perfecta armonía con la Tierra que Sustenta y el Cielo que Arropa.

Ara era una gohut completa. Audaz como las plumas de un halcón peregrino. Pura como los pétalos de un crisantemo blanco.



www.edicioneseltransbordador.com